

Antología

VITAL

XXII Certamen Literario de Poesía, Cuento y Ensayo
Universidad Politécnica de Puerto Rico
Recinto de Hato Rey



Iniri, 20" x 16" © Tanya Torres

© Todos los Derechos Reservados, Universidad Politécnica de Puerto Rico 2017

Dedicatoria

A los lectores

Artista en Portada



Tanya Torres es una artista y escritora puertorriqueña. Creció en San Germán, Puerto Rico, y a los 15 años fue a vivir a Nueva York, donde mantiene su taller de arte y hace exhibiciones.

Luego de completar un B.A. en Educación del Arte en la Universidad de la Ciudad de Nueva York, en The City College of New York, obtuvo una beca para completar su M.F.A. o Maestría en Bellas Artes, en la misma institución. Estudió también en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez y en la Universidad de Alcalá de Henares en España. En el año 2000, creó un espacio artístico llamado Mixta Gallery en la Ciudad de Nueva York. Esta experiencia la ayudó a entrenarse como gestora cultural y galerista, y a continuar su desarrollo como educadora, siempre poniendo su carrera como artista en primer lugar. Desde entonces su trabajo se ha presentado en la Organización de Naciones Unidas, el Centro de Estudios Puertorriqueños en Nueva York, el Museo de la Familia Dominicana del Siglo 19 en la República Dominicana, el Museo Porta Coeli del Instituto de Cultura Puertorriqueña en San Germán, y el Centro de Convenciones de Praga en la República Checa, entre muchas otras organizaciones y espacios culturales en Puerto Rico, Estados Unidos y el mundo.

Ha leído cuentos para niños en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, y llevado sus proyectos artísticos y educativos como exposiciones itinerantes y talleres por diversos lugares del mundo, como el Batey Palmarejo en República Dominicana y las Comunidades Especiales de Puerto Rico. Ha publicado varios libros de poesía hechos a mano, como *Caguana* (1994), *Laberinto* (1995), *Bestiario mío* (2001), *I Can Certainly Survive* (2002), *Cuerpo de batalla/Battle Body* (2004) y *Sagrario* (2007). En 2010, publicó *Canción de la Magdalena* con [Raquel Z. Rivera](#). En 2007, publicó *Cuerpo de paz: Repercusiones de la batalla acerca de la vida después de sobrevivir el cáncer*. Sus más recientes libros son [Destellos de Sofía](#), de poesía mística, y su reciente traducción al inglés, [Sophia's Light](#). Su trabajo ha sido reconocido por varias publicaciones e instituciones. En 2002, El Diario/La Prensa de Nueva York la seleccionó como una de las 50 Mujeres del Año. En 2003, el Centro de Estudios Puertorriqueños la invitó a ser parte del proyecto "Puerto Rican Writers: History and Contexto provee un espacio para preservar sus documentos.

Entre 2007-2010, fue artista en residencia en la escuela James Weldon Johnson/P.S. 57 en la Ciudad de Nueva York, donde creó 3 murales en mosaico y 6 murales con poesía. Más recientemente creó una serie de pinturas digitales para el East Harlem Bilingual Head Start, inspiradas por la misión de la institución de ayudar a crear buenos hábitos alimenticios en las familias. Su exposición [Cielo y Tierra](#) viajó a Praga en 2012, y luego se exhibió en diversos lugares de Estados Unidos durante el año 2013.

El trabajo de Tanya Torres celebra la vida y la naturaleza. Su misión es crear en las personas un sentido de paz, amor y alegría por medio del arte, la poesía y la atención personal al ser humano. Para más información acerca de Tanya Torres y sus obras o para comunicarse con la artista, visite www.tanyatorres.com

Composición del Jurado

La Universidad Politécnica de Puerto Rico y su Departamento de Estudios Socio-humanísticos agradecen la labor del Jurado compuesto por profesores, críticos literarios, autores y gestores culturales del patio:

Jan Martínez

*Universidad Politécnica de Puerto Rico
Recinto de Hato Rey*

Dra. Milagros Martínez Roche

*Universidad Politécnica de Puerto Rico
Recinto de Hato Rey*

Dr. José Luis Mojica

*Universidad Politécnica de Puerto Rico
Recinto de Hato Rey*

Lynette M. Pérez Villanueva

*Poeta y Gestora Cultural
National University College,
Recinto de Caguas*

Ketshándrivel Bermúdez

*Poeta, Cuentista, Bloguera y
Gestora Cultural*

Ricardo Marti

*Escritor y Gestor Cultural
Presidente de la Cofradía de Escritores de Puerto Rico
Universidad del Sagrado Corazón*

CARTA AL LECTOR

3 de mayo de 2017

Querido(a) lector(a):

Me place presentarle esta tradicional Antología para la XXII^{da} Edición del Certamen Literario de Poesía, Cuento y Ensayo de la Universidad Politécnica de Puerto Rico. En la misma encontraremos que las preocupaciones del país se transforman en obras literarias de impacto, pero también los sueños y lo bello nos acompañan como indicio de esperanza.

Disfrute de la lectura de la misma tanto como nosotros por haber tenido el placer de agrupar los talentos de autores, y los talentos de autores en formación. Podrá conmoverse con la lágrima por la paz ausente, por la patria dolida y la indiferencia ante el dolor, en el verso; asombrarse, ante la denuncia en todas las categorías participantes de terribles males sociales, en el género del cuento; y, reflexionar junto a las voces de la introspección ante los panoramas mediáticos, del Puerto Rico de hoy, en el ensayo.

Le deseamos una entrañable lectura y le exhortamos a apoyar toda creación que mediante el artificio lingüístico produzca belleza, conmoción, reflexión.

Cordialmente,

Profa. Iris Miranda
Coordinadora
XXII^{do} Certamen Literario-UPPR

ÍNDICE

Dedicatoria
 Artista en portada
 Composición del Jurado
 Carta al lector

POESÍA

Llorar y algo, de Carlos E. Silva Velázquez, **p. 8**
 Esclavos de la libertad, de Marielis Acevedo Irizarry, **p. 10**
 Del escritor a sus letras, de Yarimar Marrero Rodríguez, **p. 11**
 VIP (Very Inmature Poet), de Carlos E. Silva Velázquez, **p. 12**

Comunidad

Escuela Superior

El renacer del hombre, de Rafael Enrique Vega Feliciano, **p. 13**
 Soy un caníbal, de Rafael Enrique Vega Feliciano, **p. 14**
 El éxodo fracasado, de Ángel Daniel Meaux Ortiz, **p. 16**
 El hombre sin rostro, de Carlos Berríos Ramírez, **p. 17**
 Una pelea paradójica en el alma, de Luis O. Cintrón Reyes, **p. 18**
 Oscuridad, de Yomar A. Vargas Guzmán, **p. 18**

Estudiante UPPR

El más allá de una estrella, de Noel Hernández Santiago, **p. 19**
 Paz, de Emmanuel Tirado Nieves, **p. 20**
 Sin..., de Noel Hernández Santiago, **p. 21**

CUENTO**Comunidad**

- El payaso en la perse, de Carlos E. Silva Velázquez, **p. 22**
 El encuentro, de Isabel Zorrilla, **p. 25**
 Castigo sin venganza, de Mara Daisy Cruz, **p. 27**
 La sombrilla de la tía Gertrudis, de Honorio Agosto Ocasio, **p.30**
 Enajenación insensata de una vesania absurda, de Zugeily Torres Díaz, **p. 32**
 El ladrón de papel, de Samuel Ginés Vázquez, **p. 34**
 Cinco, Anthony “Anto” Gamunev, **p. 39**

Escuela Superior

- 9:00 p.m., de Natalia Michelle Cruz Aguayo, **p. 43**
 El viaje, de Natalia Hernández, **p. 45**
 Los sándwiches, Ricardo Gil Blanco Ortiz, **p. 48**
 No habrá soledad, Iván G. Jackson Rivera, **p.50**
 Instrucciones para escribir, de Mónica Vázquez Vélez, **p. 51**
 Mi anhelado destino, de Karina J. Vázquez Rivera, **p. 52**

ENSAYO**Comunidad**

- Sobre la brevedad de la vida y los amigos en Facebook,
 de Imayrim Padua Sotomayor, **p. 56**
 Hacer reír es asunto serio, de José R. Jorge, **p. 61**
 Sujeto ensayístico y apropiación de la intelectualidad en el ensayo
 “Nuestros días”, de Octavio Paz, de Maite Ramos Ortiz, **p. 66**

POESÍA

COMUNIDAD
1ER PREMIO

Llorar y algo

Carlos E. Silva Velázquez

Lloro lloro lloro lloro lloro lloro lloro
 porque no sé hacer más nada,
 porque me han criado así, inmóvil,
 llorón, mocososo, perdido, sin piernas ágiles
 y sigo llorando y me pierdo entre mis propias
 lágrimas de cocodrilo y de lagarto y de iguana y de lucia
 porque no sé hacer nada que no sea
 llorar como un bebé que no habla español
 ni inglés ni francés ni portugués ni chino ni alemán
 y lloro de la confusión
 porque hay bolígrafos y lápices
 bailando en mi cerebro
 y llevan a nada, a ningún sitio, no hacen ruedas
 no terminan los círculos que podrían rodarme
 hasta el final de la calle, donde hay alguien que grita
 y que grita y que me llama y que llora
 y que sangra por los ojos y por la boca y por la nariz
 y que sangra por los pies porque ha aprendido
 a caminar verdaderamente
 por los adoquines y por las calles destrozadas
 y sigue sangrando por todos lados
 y sangra por los puños
 porque los ha tenido cerrados tanto tiempo
 y me llama y me grita y llora conmigo
 pero de lejos, desde allá, como llorando por algo
 porque sabe porque entiende porque contrario a mí
 algo le dijo que tenía que aguantarse el llanto
 solo para usarlo cuando se pueda decir
 cuando se le pueda sacar algo al agua
 o cuando se tenga sed, solo llorar cuando se tenga sed
 pero yo lloro y lloro porque sí,
 porque las palmeras se caen y porque los peces
 no entienden lo que les digo cuando no paran de comer,
 y sigo llorando, viéndolo todo correr y girar y romperse y chocar
 y sigo llorando sin pensarlo mucho porque si lo pienso
 el llanto puede convertirse en sangre
 y no es la sangre del que me estaba llamando

no es la sangre que corre cuesta abajo en la montaña
es una sangre boba que se va por la bañera
o que me limpio con el papel toalla que está en el clóset
y entonces intento parar de llorar
pero me siento culpable porque hay que llorar,
de algo hay que llorar,
de algo hay que doler porque este país es una hoja de plátano gigante
que te tapa la carne entre los muslos
y todos sabemos mear justo debajo de ella
en vez de llorar o en vez de enrollarla y gritar,
pero yo tampoco grito, yo lloro de rabia y lloro de confusión
porque la gente no me entra por los ojos,
porque la gente no camina ni corre la gente gatea
la gente se arrastra y se raspa las rodillas con las alcantarillas
y se pasan los rastrillos por la frente para evitar quitarse la hoja
que usan muy bonitos para nadar por la laguna
y ver que los botes vienen pa' encima
y llorar del miedo y llorar del miedo y llorar del miedo
como yo
pero nadie se baja, nadie nada, nadie dice para
porque el bote es el bote y su trabajo es abrir camino
yo lloro y lloro y lloro del miedo y del coraje, más del miedo
y un poco del coraje porque ya ni lo entiendo,
sigan llorando y gritando y abriendo puños con sangre, por favor,
porque si se cae el mundo y se caen los techos,
¿quién va a estar aguantando los hilos
de todas las marionetas que se caen con él?

2DO PREMIO

Esclavos de la libertad

Marielis Acevedo Irizarry

¿Podré escribir de lo bello?, pero de las manos me sale ventolera, ahogos, escombros, inundaciones del otro y un reflejo mísero de lo ajeno. Vi una mujer poseída -detrás del ordenador- con los ojos podridos de cansancio. Alucinan las ganas que desaparezca en el espejismo del salvapantallas. Aquella esclava solitaria -de los mercaderes unidos- tenía en su espalda un mundo de faroles tiritando. Antes eran los irlandeses sentados sobre la viga del Rockefeller, con la apuesta de que se cumpliría el sueño. Ahora es la esencia abortada dando tumbos como borracha. Dosis de estupefacientes para olvidar lo que nos han robado, sedante de futuro para adictos a lo efímero. Hemos aprendido a recitar el poema de los números, intercambiar un combo agrandado de sudor por ocho dólares la hora, elogiar el boicot al mérito, protestar para asemejar la diferencia, multiplicar las listas de espera, disfrazar la libertad. ¿Qué hemos aprendido?, ¿podré escribir lo bello?

3ER PREMIO

Del escritor a sus letras

Yarimar Marrero Rodríguez

La lucha por la cultura
 Ha visto derramar tinta
 En las trincheras creativas
 Del intelecto perpetuo
 De aquel que se sabe dueño
 Del presente que cultiva
 Y vislumbra la osadía
 De escribir en estos tiempos
 Como un proceso dantesco
 Entre el infierno y la vida
 En el baquiné perenne
 De la enseñanza y cultura
 Todo el pueblo tiene culpa
 De que yazcan mortecinos
 Los versos, cantos y libros
 En el centro de la estancia
 Si alrededor todos danzan
 Sin advertir su martirio
 Si las palabras rindieran
 Fiel homenaje a los libros
 Harían un compromiso
 Por mantenerse impresas
 Sindicalizando esferas
 De libertades fingidas
 Fidelizando su vida
 Al papel que las acuna
 Y naciendo en tantas brumas
 Como el autor lo disponga
 Muriendo sólo a la sombra
 Del punto que las cautiva

Brindemos por la anarquía
 De las palabras que bailan
 Que se congregan y escapan
 Que se tuercen y se alisan
 Por las naciones que abrazan
 Su idioma cual salvavidas
 De una identidad tardía
 Que el coloniaje devora
 Pero que aguanta las olas
 Y embestidas del mar bravo
 Como barco maltratado
 Pero con ancla bravía

Tengamos un colectivo
 Paritorio de saberes
 Y concibamos quehaceres
 Que nos forjen un mañana
 Aunque nos quedemos magras
 De parir tantos intentos
 Las letras son como sueños
 Y los textos su destino
 Un país que no ha nacido
 De libros y pensamientos
 Siempre muere en el intento
 De crear algo distinto.

3ER PREMIO

V.I.P. (Very Immature Poet)

Carlos E. Silva Velázquez

Puedo escribir forzosamente, puedo
ordenar a las palabras como un capataz
que carga en la sonrisa un machete de nilón.
A veces pienso que así de nada me vale,
que así se me vuelan todos los papeles,
que las palabras pueden sonar mejor.
Yo sigo siendo el capataz, el del brazo,
el del caballo letrado y sumiso.
Yo soy el que sube a su propia mente
y baja cargado de lombrices de agua.
Puedo escribir forzosamente, puedo
hacer que mis ojos independientes
se tiñan de cera y se peinen con caña.
Qué ha de importarme ya a mí
lo cuidadoso e imponente de las letras
que han sido tendidas al Sol sin mi consentimiento.
Ya yo bajé de mi mente y las he dejado solas,
las he dejado solas como yo,
porque solo estoy yo y no busco amolarme
como si amolarme los gestos fuera a darme la vida.
Ya yo puse, ya olvidé, las palabras mías,
las necesarias, recortadas y pulidas;
de ahora en adelante escribo porque sí.

El renacer del hombre

Rafael Enrique Vega

Aquí vive él,
 que no se conoce.
 Él, que adelanta,
 su destino fue,
 realmente fue.
 Aquí muere lo que es.
 Quizá se equivoca él
 o me equivoco yo.
 Sin duda alguna,
 la mitosis en la suerte
 se ve así misma
 vez tras vez.
 Él escribe
 cambiando para saberse
 por contradicción tras otra.
 Intenta reciclando las fallas
 convirtiéndolas en contrario,
 en logro consciente.
 Sin adelanto,
 sin prisa.
 Nariz a fuego,
 ceniza en la frente.
 Desde la portada,
 desde allí donde vive,
 se proclama Fénix.
 Acaba de revivir
 desde su propio texto
 y muerto
 bajo su propio ego.
 Aquí muere él,
 que no se desconoce.
 Él, que atrasa,
 su destino es,
 realmente es.
 Aquí vive lo que fue.
 Quizá se equivoca él
 o me equivoco yo.
 Con duda alguna,
 la mitosis en la suerte
 se ve así misma
 vez tras vez.
 Él escribe
 igualando para conocerse
 por redundancia tras otra.
 Intenta reciclando los logros
 convirtiéndolos en contrario,
 en falla inconsciente.
 Sin tardanza,
 con prisa.
 Nariz a ceniza,
 fuego en la frente.
 Desde el trasero
 desde allí donde muere
 se destituye de Fénix.
 Acaba de morir
 desde su propio texto
 y vivido
 desde su propia humildad.

2DO PREMIO

Soy un canibal

Rafael Enrique Vega

Trago niños
con cara de centavos.
Mientras,
mi iPhone 7 suena,
Me dice: "Battery full".

Hostigo los sexos
con tres X.
Carátula de placeres
de uno o del otro
y hasta de los dos.

Solo monedas pequeñas
suenan en el suelo
causando terremoto 8.8.

Gula es mantra
al ponerse miles de manos
pequeñas en los pies
y pagar,
regalar por explotar.

Luego
vienen las fundaciones.

Mis ojos carnívoros
mastican manos
de todos tonos en el agua,
que fluyen
en busca de carnada.

Estos infantes,
esta mina inocente
tiene sabor,
gusto
con olor al dolor.
Ese hedor ajeno
sabe tan,

tan
y tan bueno.

Trueno los nudillos
de tiernas falanges agrupados
construyendo telares.
Atragantarse,
ahogarse con esos dedos
es cómodo,
corre el aire
donde el clima azota.

Ahí llegaron
las fundaciones.

Consumo al humano;
soy un caníbal.
Mi alimento
es carne de familia.
Los produzco para dieta.
Esta es la única
que me da comodidad
para que mi estómago
viva sin hambre.

¿Quién se inventó
“animales pensantes”?

El éxodo fracasado

Ángel Daniel Meaux Ortiz

Estaba despojado, humillado
en mi desnudez, a solas con mi vergüenza.
Solo porque mis deseos malignos ahora eran conocidos.
Nadie sabía sobre las tentaciones secretas que enfrentaba día tras día.
Cada minuto intentaba buscar una nueva forma de luchar,
Pero recordaba que lo malvado seduce, lo corrupto atrae
Entonces, la muerte, con todo su poder te devora.

Mi única compañía era el vigilante que se cernió sobre mí,
Observando constantemente,
Viendo mis errores, mis pecados.
Las palabras que salen de mi boca no son mías,
sino aquellas de la decepción misma.
Las cadenas de esta duplicidad
se aprietan más y más alrededor de mi cuello.
Lentamente, mi deseo despreciable comienza a asfixiarme.
Pronto, mis acciones me dejarán
como un cadáver viviente,
apestando a una partida silenciosa
de alguien que todo el mundo consideraba inexistente.
Mi mente esta desfigurada,
mi alma está desaparecida,
mi corazón se ha fundido.
Sólo mi cuerpo se mantuvo
y también se rendiría
ante la sombra nocturna del ocaso.

Ahora sé que yo hubiese detenido antes
a esta adicción inquietante
que sacude el centro de mi ser.
La liberación es sin duda imposible;
penitenciario, es irrefutablemente inevitable.
Estos sentimientos son simplemente inaceptables,
la muerte completamente incuestionable.
Pidiendo que alguien venga y me salve,
Me quedo como una cáscara vacía de lo que solía ser.
Me quedo justo donde yo empecé;

el lugar donde me encontré,
 apartado del lugar donde me aterroricé.
 Un nuevo día, pero el mismo principio.
 Nuevos segundos, pero los mismos rasguños.
 Es sólo la forma en que son las cosas.

MENCIONES

El hombre sin rostro

Carlos Berríos Ramírez

Arrastra sus brazos y nunca eleva sus ojos,
 el mundo sobre sus hombros y sus pasos flojos.
 Su corazón es de plomo y su sangre es mercurio.
 Su destino es la piedra, el papel y las tinieblas.
 Aplacada, su alma duerme ignorando el telurio
 que hala las cuerdas de la apacible marioneta.

¿Acaso ya no escucha a la luna ni el sol?
 ¿Acaso no lo acosa el alma al ver la luz?
 ¿Acaso no duerme cuando llega el ocaso?
 ¿Acaso es que ya no suenan los tambores,
 o es que los silbidos ahogan los sonidos?

Quiso volar pero cortaron sus alas,
 el futuro se ahogó en un vaso de agua.
 Debieron guardar su alma en una botella
 para protegerla del beso del tiempo.

A veces por suerte sus ojos se abren,
 por solo unos momentos el alma arde,
 y se rebela con gritos silenciosos.

Mas no sobra leña para el fuego,
 solo se aproxima otra derrota.

Nunca va a encontrar su rostro.

Una pelea paradójica en el alma

Luis O. Cintrón Reyes

Cada hora mi alma oscila entre dos planos
 Mi alma es como un cuerpo de agua,
 a veces salado y malo,
 a veces dulce y bueno
 Esto crea una apariencia extraña que es difícil de descifrar,
 porque el pecado puede disfrazarse
 y crear la ilusión de que es algo benévolo.
 ¡Tregua! mi alma necesita un descanso de esta batalla eterna
 mi alma pide ayuda para el que desee ayudar.
 Pero como el águila, mi alma renace mejor que nunca,
 su luz radiante como el sol,
 iluminando el camino de los demás
 como un faro de luz
 quisiera decir que esto es el único lado de mi ser.
 Pero el cuerpo de agua salada siempre está mirándonos en el horizonte.

Oscuridad

Yomar Vargas

Sonidos insólitos me surgen con desprecio
 las sombras me roban los suspiros, la calma me susurra
 en un gran enredo de serpentinas revueltas de llantos y lamentos

Si se detiene la ceniza de un corazón roto
 se llena el alma de un color vivo profundo
 pero el amor se cohibe
 y la sorpresa sustenta el remordimiento de un corazón de hielo tibio

La desdicha de tener un favor al hombro cuesta más que el vacío de pena,
 el lienzo de almas se toma por las manos y los cráneos
 descompuestos por la brisa se tornan oscuros.

El borde se derrumba y a punto de caer a las tinieblas de mentes codiciosas
 se estremece la tierra
 y todo se va desvaneciendo.

Estudiante UPPR
1ER PREMIO

El Más Allá de una Estrella

Noel Hernández Santiago
11 de septiembre de 2016

Aquí me encuentro mirando por el telescopio las maravillas del cielo:
la luna, las estrellas, los planetas
y otras entidades en el espacio.
Me pregunto, entre todos esos cuerpos estelares,
¿Existirá el Paraíso?

Disculpe, no soy astrónomo.
Y mucho menos soy teólogo.
Simplemente es el sentir que surge cuando le observo con mis propios ojos.

Trapisonda es la vía de sus ojos, lubricada por lágrimas aguantadas,
Que sirve de pasaje a otros universos
Encapsulados por su cuerpo.

Sus senos,
Un simple sustento para el ordinario y el grosero.
Para mi corazón,
Un lugar de incubación;
Una cama para mi ardor.

Atroz es aquel que solo le desea de manera carnal,
Pues su cuerpo es el buque del alma
Que navega por las inclemencias de la vida.

Obnubilados son los plebeyos que buscan un premio entre sus piernas,
Pero jamás se percatan del tesoro que es su espíritu.

Abatida ha sido por los meteoros y cometas de la vida:
Tristeza e ira.
Pérdidas y traiciones.
Pero recuerde, así se formó nuestro planeta.
Formado por los elementos que viajaron por los imperdonables cosmos
solo para formar el hermoso y único hogar que tenemos,
Al igual que el universo que alberga dentro de usted.

Un agujero negro estelar, le llaman.
Una ladrona al absorber la luz que se le acerque demasiado.

Estrella muerta,
Pero no comprenden.
Muerta no está.
Dejó de iluminar para convertirse en una singularidad,
Un potencial de llevarnos a otro universo.

Y yo aquí,
Con mi pequeño e insignificante telescopio,
Te observo atónito en silencio.

2DO PREMIO

PAZ

Emmanuel Tirado Nieves

No es un símbolo o color,
es la tranquilidad que sientes.
Paz que se riega
en tu corazón cuajado
Mientras la mente te traiciona
ella pelea contra mil soldados.
Las aves en el aire
la aguja resalta en el pajar
como fuego
en tus oídos.
Mareas azotando
en el costado del cerebro.
Al final del pasillo solo pensarás
en tu interior
de flores,
y en la lágrima
que cae desde lo más bajo
hasta la gran cascada de violines.

3ER PREMIO

Sin...

Noel Hernández Santiago (Ángel de Hernán)
26 de abril de 2016

¿Qué es un científico sin una pregunta?
¿Qué es un atleta sin una meta?
¿Qué es un cazador sin una presa?
¿Qué es un héroe sin un villano?
¿Qué es un líder sin un seguidor?
¿Qué es una persona sin un pensamiento?
¿Qué es una idea sin una razón?
¿Qué es un sentimiento sin un recipiente?
¿Qué es un cuerpo sin un alma?
¿Qué es un dios sin un creyente?
¿Qué es esta escritura sin ti para leerla?

CUENTO

COMUNIDAD
1ER PREMIO

El payaso en la Perse

Carlos E. Silva Velázquez

Los perros de al lado ladran con cojones. Mis perros, por el contrario, no ladran tanto, pero esa noche me levantaron. Sonaban desesperados, enojados. Los de al lado también, por supuesto. Me puse un poco nervioso, automáticamente pensé que había alguien rondando la casa. No sería raro, se habían intentado meter antes, varias veces, cuando no tenía los perros. Ahora me sentía más seguro y ellos me avisarían. Seguían ladrando, pero me quedé en la cama esperando. Mi esposa ni se inmutó, dormía a pata suelta después de un largo día de clases. De momento, entre los ladridos, empecé a escuchar un bip bip extraño. Parecía un juguete de esos de goma, pero mis perros no tenían ninguno. Imaginé que eran entonces los de al lado, pero tampoco lo había escuchado antes. Me concentré más en el ruidito y empecé a notar que se alejaba y se acercaba, se alejaba y se acercaba, se alejaba y se acercaba. Me dije que no podía ser, que no podía ser posible que los cabrones del área se hubieran copiado tan pronto de los fucking gringos. Me imaginé a un hijueputa vestido de payaso corriendo calle arriba, calle abajo, tocando una bocinita pendeja de esas. Sin creérmelo aún, me levanté. Agarré el flashlight más potente que tengo, de 2700 lumens, suficiente para cegar a alguien por unos buenos segundos, y el cuchillo que siempre tengo a la mano, un Benchmade Griptilian, pequeño, filoso y cómodo; al salir iba a agarrar el machete de todos modos. Salí a la cocina y el sonido paró. Puede que haya sido una mala decisión salir, pero yo soy así, tengo una buena mezcla entre guapo y pendejo. Por más listo que sea, por más preparado que esté, la guapería y la curiosidad siempre me dominan. Prendí la luz de la marquesina y me asomé, mis perros estaban acostados frente a la puerta, como siempre, protegiendo nuestro sueño. Fui a la ventana del frente, abrí un poco la cortina y no vi nada. La bocina seguía sin regresar. Pichaera, volví a la cama.

Al rato, los perros volvieron a alterarse. Estaban ladrando más alto que antes, los de al lado casi aullando, parecían gritos de humano. Zorro, mi pitbull, sonaba más alterado que nunca. Su ladrido es grave, fuertísimo, pero por lo regular ladra dos o tres veces con pausas en medio. Estaba ladrando seguido. Esta vez metí la mano al clóset y saqué un Ka-Bar, un cuchillo más grande. Volví a asomarme a la marquesina y los perros estaban tranquilos. Despiertos, pero tranquilos. Veía su cola moverse. Decidí abrir la puerta y salí. Al pasar el carro, vi que Zorro estaba jugando con un hueso de goma, de esos que suenan... bip bip. “Me cago en la madre, puñeta, yo tan caga’o, se me había olvidado el juguete ese”. Es cierto, siempre habían tenido ese juguete, pero no le habían prestado mucha atención. Me metí de vuelta a la casa y me acosté a dormir. Me dormí rápido y pasó la noche. En la mañana se lo conté a Lucía y se murió de la risa. Me dijo que era un pendejo, “un gordito pendejo”. Nos reímos y hablamos un rato de la posibilidad de que pronto apareciera un payaso en Ponce. Le dije que mis guaperías me iban a buscar la muerte, ella se quedó callada y asintió, me dijo que dejara eso, que tenía que ser más cuidadoso. Ella sabe que no solo guapo, pero pa’ colmo curioso. Nos quedamos callados en lo que me tomé el café. Me fui al trabajo.

En el Colegio, les conté todo a mis estudiantes y estaban muertos de la risa. Hablamos un rato del asunto, les di consejos de precaución y les aclaré que no deberían actuar como míster, que míster es un loco y que probablemente un día le pegan un tiro o le meten una pela entre seis hasta hacerlo botar los pulmones por el culo. No dije culo, dije boca, pero quería decir culo. No quería que me grabaran diciendo groserías. Comentando situaciones hipotéticas me envolví en mi afán de teatrero y dije amenazas interesantes y grotescas en nombre de los payasos. “Voy a cortarte la cabeza y después los dedos, te los voy a meter en la boca y se lo voy a llevar de ofrenda a tu mai”. Ellos se rieron y dijeron: “¡Míster, qué fuerte! ¿No será usted un payaso de esos?”. Demasiadas películas y libros de terror, mano, eso es lo que pasa, y ya sabes, la creatividad corre. El día siguió normal.

Una semana después, volvió a pasarme lo mismo. Los perros se alteraron; el bip bip constante. Ya sabía lo que era, pero me desesperé y no me dejaba dormir. Salí a regañarlos o a quitarles el bendito juguete. Me daba pena, pero coño, eran las tres de la mañana. Cuando llegué, los vi dormidos frente a la puerta, el juguete en el carajo. Me estuvo raro. Volví a dormir. Desperté a los 20 minutos con el mismo alboroto. El mismo cabrón bip bip de siempre, esta vez un poco más fuerte, pero se alejaba y se acercaba igual. Me volví a levantar. Esta vez, por si acaso, agarré el cuchillo grande y el flashlight, como aquella noche. Salí a la marquesina, abrí el portón eléctrico y me asomé a la calle. No vi nada. Suspiré resignado, reconociendo que había heredado la perse de mi abuela. Me senté en el muro que tenemos frente al balcón a aprovechar el fresco que estaba haciendo. Las noches se estaban enfriando un poco, se sentía chévere. Todo estaba callado y mis perros estaban encima de mí, meneando los rabos felices porque papi estaba añoriándolos a una hora rándom de la noche. De momento, a los dos se les trincan las orejas y levantan la mirada. Yo no escucho nada. Me pongo nervioso -por la hora, mayormente- pero pensé que era algún gato o lagartijo que vieron. Empiezo a escuchar unas cadenas, unas campanas y un bip bip lejano. Yo también levanté la mirada asustado, pero insistí en que de seguro sería otro perro del vecindario con un juguete similar. No pasa nada. En contra de mi buen juicio, me quedé un rato más afuera. Me gusta el frío natural, lo prefiero mucho más que al del aire acondicionado. Los perros se calmaron y se acostaron al lado mío, no sin antes orinar el carro del vecino, el buzón y el dron.

Me levanté, saqué el cuchillo que había espetado en la grama, y me dirigí a la marquesina. Cuando estaba a punto de cerrar el portón eléctrico, uno de los perros sale corriendo a la calle. Pegué un grito al instante, el perro se detuvo y en ese momento volví a escuchar el jodío bip bip. Salgo a la acera y veo a lo lejos una bicicleta que se acerca. Encima de ella, un huelebicho vestido de payaso. Pensé en meterme rápido a la casa, no confrontarlo por si tenía un arma de fuego, o por si simplemente identifica mi hogar y se jode la cosa. Cuando iba entrando por la marquesina, pensé en el bate que siempre tengo en el carro; abrí la puerta y lo saqué. Guardé el cuchillo. Me volví a asomar. Volví a pensar en irme adentro, pero el tipo venía rápido y empezó a saludarme con un aire de sarcasmo y sadismo. Apreté bien el bate, preparé la linterna y fui a su encuentro. Empezó a reírse. Cuando se acercó, lo alumbré con la máxima potencia de la linterna y le di la orden a Zorro de que lo persiguiera. El pobre payaso, ciego y asustado, se cayó de la bicicleta. “Acho, papá, no te esperabas que un flashlight sirviera pa’ esta mierda, ah”. El tipo sacó un cuchillo de cocina de sus pantalones. Ahí mismo le metí un batazo en el estómago. “Cabrón, ¿en serio? ¿Un cuchillo de cocina? ¿Tú te crees que amedrentas con eso? Tremendo mamao que eres.” Le metí un batazo en las piernas. Mis perros estaban alterados, ladrando, dando vueltas alrededor de la escena. El hombre se retorció, gemía de dolor. Se salió de personaje y decidió hablar: “Te voy a matar, mamabicho”. Le metí una patada en las costillas y un batazo suave en la cara. “¿Que me vas a qué?” y le zumbé con el talón en el otro lado

del tórax. “En Puerto Rico no se puede hacer esta mierda, cabrón. Hoy te toqué yo, pero mañana te va a tocar uno más guapo, uno de tus panitas que siempre anda arma’o. Por lo menos hoy te tocó un gordo pendejo”. Le metí otra patada y le di con el tope del bate en la boca. Creo que le tumbé un diente, no sé. Le dije que se fuera pa’l carajo y que no volviera, que pa’ la próxima le iba a enseñar lo que es un cuchillo de calidad. Como quedó frente a otra casa, no me preocupé mucho y me fui. Sorprendentemente, nadie escuchó nada, no vi luces prendidas ni ventanas abiertas. Allí estamos tan acostumbrados a los balazos, los gritos y los ladridos que todo el mundo pichea.

Acostado, me puse nervioso, demasiado nervioso. Podían pasar varias cosas: que vieran al tipo en la calle y me choteara, que el tipo se fuera y me buscara después y le haga algo a mi familia, o que nunca vuelva a molestar. Obviamente, se me quedaron en mente las primeras dos. Tenía que resolverlo porque el tipo no se iba a quedar da’o. Me volví a levantar. Esta vez me puse los tenis. Agarré mis cosas otra vez y salí a la calle. Había pasado media hora y el payaso seguía tirado en el piso, quejándose del dolor. Me sorprendió que no hubiera llamado a nadie, quizás no tenía bolsillos o quizás sabe que a nadie le gustaría que él fuera uno de los payasos. Saqué la guagua y la llevé hasta su lado. Me bajé, me gritó cabrón, huelebicho y gordo mamao justo antes de que lo noqueara con el bate. Lo cogí al hombro y lo metí a la guagua.

Guie hasta la parte de atrás de la urbanización y metí la guagua por el paseo lineal. Siempre he criticado a los que hacen eso, pero me excusé dada la situación. Llegué hasta donde empieza a ampliarse el brazo de mar, justo debajo del puente entre el Hilton y Costa Caribe. Abrí la puerta, saqué al payaso asesino ese y con un poco de trabajo lo tiré. Allí se quedaría con los peces, dudo que alguien lo busque. No hay sangre en mi guagua ni en mis manos. Todo estará bien. Di unas cuantas vueltas antes de volver a mi casa, seguía ansioso. Finalmente guardé la guagua, me tomé una pastilla para dormir y me acosté.

A eso de las 5:30 a.m. me despertó Lucía, asustada. Le pregunté que qué le pasaba, que si tuvo una pesadilla. Me dijo que no, que era yo el que estaba teniendo pesadillas extrañas. Me dijo que estaba gritando como un loco: “¡Se me olvidó matarlo, puñeta! ¡Se me olvidó matarlo!”.

El Encuentro

Isabel Zorrilla

Movimientos pélvicos, respiración agitada y apurados latidos del corazón, precedieron la deliciosa cadena de contracciones espontáneas de sus músculos genitales. Para ella hubiera resultado embarazoso que José Elías se percatara del éxtasis alcanzado durante la espontánea experiencia onírica.

Despertó de espalda a él, rodeada por sus brazos, desnudos y fuertes. Sintió en la nuca la cadencia de su respiración y se volteó para experimentar el aroma de su tibio aliento. Se percató de que permanecía dormido. El flujo acompasado de su resuello la portaba lentamente a la calma. Se habían encontrado casualmente esa fría tarde, a principios de diciembre cuando los escaparates navideños y la exuberante iluminación ofrecen un aspecto nostálgico y festivo a la ciudad que nunca duerme. Él, salía de su hotel en la cincuenta y tres y sexta de Manhatan y la reconoció inmediatamente. Como un niño, no pudo disimular la alegría de encontrarse sorpresivamente con la hermana mayor de su mejor amigo y compañero de apartamento. Diez años habían transcurrido desde que compartieron aquel día; el más triste de su vida. La tarde en que se despidieron de Alfonso en el cementerio Porta Coeli de Bayamón, se sintió deshecho. En el gélido recinto del panteón de la familia Ortega quedaron también enterradas las tórridas experiencias de sus años universitarios y la íntima complicidad de ambos durante sus gestiones laborales en la firma de abogados.

Aunque a punto de entrar a los sesenta, Elisa mantenía su buen ver; elegante, menuda, delgada, de facciones agraciadas. Junto a una socia, manejaba una compañía de diseño de modas y viajaba a Nueva York frecuentemente en plan de negocios. Poseía un pequeño apartamento en la 54 y séptima donde se quedaba cuando visitaba la ciudad. Cada vez alargaba más el tiempo de estadía pues desde que sus hijos salieron del hogar, uno a casarse y la otra a estudiar en una universidad europea, le resultaba insoportable la soledad acompañada, que vivía junto a su marido.

Al feliz encuentro, siguió un fuerte y cálido abrazo que le hizo despegar los pies del suelo mientras el hombre le daba vueltas en el aire apoyada en su pecho.

_ ¡Pero que sorpresa! ¡Tantos años sin vernos querida! _ le dijo tomándola de la mano y arrastrándola calle abajo.

_ ¿Cómo está Humberto tu marido? Me imagino que cada vez más viejo y cascarrabias. Tú en cambio, estás rebosante de belleza y juventud.

_ Se quedó en la isla, sabes que nunca le ha gustado el frío _ contestó mientras se detenía abruptamente en medio de la acera.

_ Tengo prisa quiero ver si puedo comprar una entrada para el musical "Hamilton". Estoy loca por verlo y entre una cosa y otra el tiempo ha pasado. El próximo lunes regreso a la triste realidad de mi vida y no deseo quedarme sin cumplir mi objetivo.

_ Precisamente tengo dos entradas para mañana viernes. Me las facilitó el bufete de abogados donde trabajo para que invitara a algún cliente. Por cierto, a estas alturas no vas a conseguirlas en ningún lugar, ni pagándolas como oro. Déjame invitarte mujer, qué mejor compañía que tú. Ahora, lo mejor es que celebremos este maravilloso encuentro. _ dijo alegremente, seguro de haberla convencido.

La condujo amablemente a la barra ejecutiva del Hilton Midtown, donde se estaba hospedando. Ella, se dejó llevar. Hacía tiempo que no salía a divertirse y le pareció que este encuentro fortuito era una

buena oportunidad de pasarla bien. Allí se tomaron unos tragos y conversaron largo y tendido sobre la muerte fulminante de Alfonso en la cúspide de su brillante carrera como abogado. José se lamentó de lo mucho que lo extrañaba y ella le comentó sobre el matrimonio amarrado por los hilos de la costumbre, a punto del descalabro, entre ella y Humberto. Luego, fueron a un club de moda en el East Side. Hablaron, bailaron, bebieron, escucharon cantar a un travesti que imitaba a la perfección a Isabel Pantojas. Hablaron, bebieron, bailaron, cantaron con el travesti, “Hoy quiero confesar que estoy enamorada, pa’ matar los rumores de aquella esquina...” Su brillante locuacidad, su alegría contagiosa y ese don de gentes que siempre le distinguió, la cautivaban. Tan diferente a su hermano que era un hombre retraído, de pocas palabras y un tanto frío en el trato. Siempre pensó que como amigos, de alguna manera se complementaban; como el día y la noche, como el mar y la arena. El hechizo del momento le hizo olvidar los diez años de diferencia que los separaba. “Hoy quiero confesar que he llorado mil veces, escuchando las notas de una guitarra...” Escuchaba embelesada su hermosa voz. Bebieron, cantaron, bebieron, hablaron. “Hoy quiero despojarme y desnudar el alma...” Bebieron, bebieron, bebieron.

Auscultó con detenimiento la habitación de lujo donde despertó con el orgasmo involuntario más poderoso que había experimentado en su vida. Un papel a rayas amarillo cremoso que revestía las paredes, le daba majestuosidad a la habitación. Hacía tiempo que no amanecía sintiendo la tibieza de un cuerpo pegado al suyo. Tenía la cabeza y el alma llena de los matices de la noche anterior. La tela acojinada del espaldar de la cama, lucía una mancha de tinta azul que distraía su mirada por momentos. No se le hizo difícil imaginárselo absorto en una lectura, en la butaca de cuero que estaba al fondo de la habitación. José abrió los dos faroles azules que la habían iluminado intensamente durante toda la tarde y la noche anterior y mientras se desperezaba le sonrió. Elisa se acomodó nuevamente entre sus fornidos brazos. Sus manos recorrieron como mariposas en vuelo la tez suave y dorada de su musculoso pecho, enredó los dedos en el abundante cabello ondulado e intentó besarlo.

Para su sorpresa, no fue correspondida. Por el contrario, la abrazó contra su pecho y besó su frente, como un hermano comprensivo, como un amigo. Tímida y lentamente José se escurrió de la cama para darse una ducha. La realidad abatió el momento. Elisa no podía comprender qué había sucedido para que se rompiera la magia de la noche anterior. Se sentó en la cama y observó su rostro, que sin maquillaje se veía un tanto flácido y su busto, víctima de la ineludible gravedad, reflejados en el espejo del armario que estaba frente a la cama. Pensó que tal vez a su edad no era digna de que un hombre tan apuesto y joven deseara poseerla. Sintió humillación y vergüenza por haber mal interpretado las señales. Haber transgredido la fina línea de la amistad le pareció imperdonable. Ella que siempre fue tan contenida, tan correcta, se había lanzado al placer por una vez en la vida, solo para ser rechazada. Desnuda sobre las sábanas blancas de aquel hotel yacía indefensa, en posición fetal, mientras un torrente de lágrimas descorazonadas desparramaba la angustia en su agraciado rostro.

El agua tibia de la ducha disgregaba el llanto de José Elías que tan desconsolado como el primer día repetía entre gemidos; si tan solo fueras tú mi amor, si pudieras estar conmigo ahora Alfonsito...

Castigo sin venganza

Mara Daisy Cruz

Las llamas ardían con gran intensidad. Las páginas de un manuscrito se retorcían, como si lucharan por sobrevivir al fuego que las calcinaba. Algunas hojas, en un intento por escapar, se elevaban en el aire, pero la lumbre las hacía descender hasta desaparecer entre las brasas.

En un oratorio frío en donde se imponía la imagen del crucificado, rodeado de ángeles y bajo la mirada de la bienaventurada Virgen María, se realizaba un acto de liberación. El padre Ignacio de Olite, confesor del convento San Idelfonso de las Trinitarias Descalzas en Madrid, veía convertirse en cenizas los diarios de sor Marcela de San Félix. Para ella desprenderse de aquellos papeles era como deshacerse de su vida. En ellos escribió los secretos que le flagelaban los pensamientos. Por mandato del confesor, antes de su ordenamiento como priora del convento, realizaban la hoguera para dejar atrás el pasado que atormentó su alma. El sacerdote Olite, un anciano encorvado de cabello blanquecino, clavó la mirada en los ojos hinchados de la religiosa y le ordenó que se desprendiera de las últimas hojas. Ella las protegía entre las manos, pegadas al pecho; las comenzó a escribir a los once años, cuando el padre la arrebató de la casa materna. La portada de su manuscrito la desprendió de uno de los libros escrito por su padre, El castigo sin venganza, que recogía los mismos sentimientos que ella plasmó en su cuaderno: amor, muerte y venganza.

Arrastró como una pesada cruz la vergüenza de ser bautizada en 1606 en Toledo como Marcela del Carpio, hija de padre desconocido. Su madre, doña Micaela Luján, mientras estuvo casada con un comerciante le fue infiel con un escritor, Lope de Vega. A los escasos seis años no entendía por qué, ella con ojos color miel, cabello rubio y la piel ligeramente salpicada de pecas, al igual que su papá, no llevaba el apellido De Vega.

El resentimiento contra su padre pareció haberse salido de los manuscritos que ardían en la hoguera; fue como un demonio que saltó sobre ella. Sintió el corazón agitado y le faltó la respiración. La cercanía al calor de la fogata la sofocó. El hábito se le pegó al cuerpo bañado en sudor. De un arrebato se desprendió el velo color marrón que le cubría la cabeza. Algo muy adentro de su ser la desesperaba como buscando una salida. Las manos sudadas le temblaban sin poderlas controlar. Escuchaba a lo lejos las palabras del confesor: <<Hija, reza para que seas liberada>>. Intentó controlarse, pero una fuerza la obligó a gritar.

El silencio conventual fue roto por los chillidos de sor Marcela que retumbaron por todo el monasterio. Las hermanas en Cristo, cada una en su celda, arrodilladas sobre el reluciente suelo con el crucifijo entre las manos, realizaron una cadena de oración. Las santas mujeres rogaron para que los demonios que atormentaban a su compañera la dejaran en libertad. Los pecados de odio, rabia y amargura que la poseían se resistían a soltarla. El rostro bañado de lágrimas y saliva reflejaba su tormento.

Sor Isabel de Saavedra, de sesenta y seis años, arrastraba los pies entumecidos por el reuma de un lado a otro sintiéndose más presa que nunca en su pequeña celda. Los lamentos de sor Marcela le azotaban el cuerpo y le roían unos recuerdos que se negaba a enterar con la muerte de su padre. Ella también tuvo una niñez inflamada de dolor. Su progenitor, Miguel de Cervantes, le negó su apellido. Aunque se crió en el seno familiar de los Cervantes, menospreciaron su existencia. En la medida en

que Isabel crecía en estatura, su aversión hacia ellos aumentaba. Le inculcaron que vino al mundo como resultado de una imprudencia del padre. Aquellas palabras que siempre escuchó la invadieron de una implacable rebeldía, que la llevaron a rebelarse en contra de la estirpe Cervantina. Después que vio poco a poco apagarse la vida de todos ellos, optó por la clausura para retirarse del mundo en el que tanto sufrió.

Cuando el sacerdote intentó quitarle de las manos los últimos manuscritos, sor Marcela se sintió mareada, como si estuviera al borde de un precipicio y mirando hacia abajo. Deseó que el golpe de recuerdos no la hiriera tanto para poder terminar de una vez con el acto de obediencia. Fue el clérigo quien, con palabras de aliento y consuelo, acabó convenciéndola para que cumpliera con el mandato de Dios. Despacio, fue deslizándose de entre las manos las páginas amarillas salpicadas de lágrimas. Como si hubiese soltado una pesada carga, cayó de rodillas sobre las baldosas frente a la hoguera. En ese momento lloraba la niña que desde los nueve años se escapaba de la casa para refugiarse en ese mismo convento. En los brazos de sor Isabel de Saavedra y de las Hermanas en la fe recibió el amor y la estabilidad negada en la casa del padre, quien vivía en una incansable vorágine de amancebamientos.

Sor Isabel trató a sor Marcela como a una hija, la convenció de que la mejor manera de castigar al padre era entrando en la vida de clausura, a la cual él se oponía. La paternidad que los progenitores les negaron hizo que la confianza y complicidad aumentaran entre ellas. En su disfraz de ser una mujer llena sabiduría y discernimiento le hizo creer a su protegida que no pecaba cuando reiteraba constantemente que sus padres no eran dignos de perdón. <<Ellos nunca se arrepintieron ante Dios, arderán en el infierno por habernos vejado, nosotras somos las víctimas>> -le repitió por años a sor Marcela.

La fogata ardía con gran intensidad. Las páginas alimentaban las llamas, se movían como brazos de fuego queriendo alcanzar la sotana de sor Marcela, quien se retorció en el suelo. El párroco intentó imponerle las manos a la atormentada para ungirla con agua bendita. De un manotazo lo rechazó. Cuando el clérigo Ignacio de Olite comenzó a rezar para la expulsión de los demonios, sor Marcela, con ojos ensangrentados, volvió a gritar <<maldito, envidioso, ególatra, mujeriego>>. El Santo Ministro le ordenó a los poderes del infierno que soltaran a la hija de Dios. Ella maldecía a voz en cuello el nombre de su padre muerto. Los gritos resonaban entre los pasillos del lugar santo y llegaban a oídos de las hermanas. Un Padre Nuestro al unísono salía de las celdas con devoción para que el poder de las tinieblas liberara a la hermana del sufrimiento.

Sor Isabel cayó de rodillas con el crucifijo entre las manos. <<Malditos, espero que se estén torturando en las llamas del infierno>>, chilló con voz ronca llena de ira y desprecio. El coraje y el rencor le endurecieron el corazón y la transformaron en un ser implacable que sutilmente encubrió con los años al ingresar en el convento.

El párroco rezaba y salpicaba a la atormentada con agua bendita. Sor Marcela, con ojos de animal enfurecido, clavó las uñas en su rostro y las gotas de sangre le rodaron por las mejillas. Con autoridad, y en el nombre de Jesucristo, el clérigo ordenó que fuera protegida contra las asechanzas del maligno. Entre los gritos ensordecedores de la atormentada comenzó a leer los salmos de las Sagradas Escrituras; exhausto, pidió la misericordia de Dios.

Cuando la religiosa comenzó a flagelarse el pecho con las manos, el crucifijo de madera que llevaba colgado del cuello se quebró. La cruz golpeó en el suelo, rebotó y fue a parar dentro de la hoguera. La prenda sacra que le regaló su padre el día que tomó los hábitos ahora ardía en las llamas

junto al manuscrito. Extenuada, cayó de rodillas. El confesor aprovechó el cansancio para ungirle con agua bendita. Le acercó la imagen del Señor para que la besara. El párroco persignó a la religiosa. El poder de Cristo había vencido contra las tinieblas. Calmada, aún sollozando, sor Marcela observó cómo se extinguían las brasas.

Al otro día, todas las hermanas del convento San Idelfonso de las Trinitarias Descalzas en Madrid se levantaron al son de seis campanadas para hacer las alabanzas matutinas. Media hora después, cantaron en el coro, luego hicieron una oración mental. A las siete y treinta, después de haber concluido con las horas litúrgicas menores, asistieron a misa a recibir la comunión. Al culminar, sor Isabel de Saavedra le abrió los brazos a sor Marcela frente al altar. Mientras la arrullaba pensó que desde ese día abonaría las pequeñas raíces de amargura que aún quedaban bajo la superficie del corazón de su protegida. Con el tiempo las vería multiplicarse hasta ver salir otra vez a la luz nuevos brotes. La retiró, la miró por largo tiempo a los ojos y le sonrió.

A la hora de la puesta del sol, después del Ángelus, el sacerdote Olite le informó a sor Isabel que pondría a su cuidado una nueva novicia de diecisiete años: la bastarda Catalina de Mendoza, hija de Francisco de Quevedo. Sor Isabel tomó la cruz de madera del crucifijo que le colgaba en el pecho y la besó. Dio las gracias, juntó las manos y elevó una oración. Una vez más Dios, en su infinita misericordia, le confirmaba que ella era la escogida del Señor para llevar a cabo aquel ministerio. Ese día volvió a abrir el corazón para dejar libre sus demonios.

La sombrilla de la tía Gertrudis

Honorio Agosto Ocasio

La brisa matutina se fusionaba con aquellas delicadas palabras: “¡Levántate!, tesorito de mamá”, susurradas al oído de la hermosa niña, que descansaba plácidamente sobre las almidonadas sábanas blancas. Volvió a musitar la melodiosa voz: “¡Levántate!, tesorito de mamá”, pero la nena ni se inmutaba ante el clamor angelical. En eso Lucía, madre de la chiquilla, entró a la cocina; minimizó el fuego de la estufa; y de regreso a la vistosa habitación, con el entrecejo fruncido y el cucharón en mano, que aún chorreaba harina de maíz, dijo:

—Muchacha del demonio, ¡levántate!, que tía Gertrudis pronto llegará y esa no espera ni por la madre que la parió.

De inmediato, la pobre criatura quedó más vertical que un poste. Su acelerado ritmo cardiaco competía con las 38 revoluciones de Lucía que, como grabadora descompuesta, seguía repitiendo: “Tía Gertrudis pronto llegará y esa no espera ni por la madre que la parió”. A la grabación generada, continuaba añadiendo:

—Contrallá muchacha, ¿cuántas veces tengo que decirte las cosas? Mira pa’ allá son las 7:15 am. Ahora tendrás que irte en ayunas para la iglesia. Tía Gertrudis, jodona como ella sola, impedirá que desayunes; es más, ni siquiera un sorbo de café, ya que, no podrás comulgar con el estómago lleno.

Mientras tanto, Carmencita, aclimatada a los 3 sermones dominicales: el de su mamá, el de la tía Gertrudis y el del padre Segismundo, no le causaba mella el ayuno, pues quedaría harta al finalizar la jornada religiosa. Todavía seguía sermoneando Lucía, cuando llegó la querida tía Gertrudis. Una jamona, santurrona, que tenía de acuerdo a la partida bautismal, fehaciente documento de su existencia, 83 años, aunque pregonara a los cuatro vientos que recién cumpliría los 62 el mes entrante. —¡Bendición, tití! —exclamó la niña.

—¡Dios Todopoderoso, la Bienaventurada Siempre Virgen María, los serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles, ángeles, todos los santos habidos y por haber me la bendigan! —contestó la vieja Gertrudis.

Ante aquella solemne bendición, Carmencita ya había cumplido con la mitad de la liturgia dominical. Enseguida la tía Gertrudis se sentó a la mesa y aguardó pacientemente por ella.

Carmencita, que apenas contaba con 7 años y un peso aproximado de 53 libras, llegaba a duplicarlo luego de completar su atuendo eclesial. Las normas vigentes a la hora de vestir para la iglesia hacían que la niña pareciera un campanario. Su delicada figura integraba la percha completa: panti, camiseta, refajo, pantimedias, traje bordado cuyo ruedo fuera 5 pulgadas más abajo de la rodilla, sandalias blancas cerradas, mantilla y rosario. Al salir de la habitación, Carmencita, de un tirón, fue a dar en los brazos de la tía Gertrudis que no se cansaba de elogiarla, pues indudablemente parecía una muñequita de vitrina. De igual forma, la tía Gertrudis no se quedaba atrás, ya que iba más emperifollá que la puerca de Juan Bobo. Ella vestía impecable su tradicional traje negro plisado de poliéster con enaguas del mismo color, mantilla a mitad de espalda y zapatos cerrados de tacón mediano. Además, decoraba su cabeza un moño postizo que se sostenía por obra y gracia de las tres greñas, e infinidad de horquillas, de lo que probablemente, en sus años mozos, fue una abundante cabellera castaña, rosario en manos y el misal “aromatizado” a *chifforobe*. Esto sin descartar que

estuviera más empolvada que una mallorca, rematando con la característica fragancia de los productos maja que dejaba impregnado el lugar por varias horas. Verdaderamente, la célebre doñita era única e irrepetible.

Ella, como buena custodia, no permitía la más mínima infracción a sus reglas. ¡Ay!, del que las infringiera, pues conocería la fuerza de su cayado, la sombrilla con mango de pato. El artefacto en cuestión era tan arcaico como la tía Gertrudis. La gente del barrio murmuraba: “La sombrilla de la vieja Gertrudis camina sola”. El comentario cobró mayor notoriedad el día que Gertrudis acudió a la tiendita de don Funda para comprar unos víveres. Ella acostumbraba colocar su sombrilla con mango de pato en el borde del mostrador, mientras don Funda le despachaba la nota. Cuando salió del pequeño tenderete se le olvidó la sombrilla, permaneciendo allí dos días consecutivos. Lo interesante del caso es que la sombrilla con mango de pato llegó a su dueña sin intermediario alguno. Quizás, por eso, a raíz de lo acontecido, los vecinos del barrio Cundeamores veían a la vieja Gertrudis con un respeto casi devocional.

Terminado el protocolo de vestimenta, Carmencita y Gertrudis partieron hacia la capilla Sagrado Corazón de Jesús que se alzaba imponente en la colina del barrio Cundeamores. El tramo surcado distaba de la casa de Carmencita dos millas y media, permitiendo, durante la maratónica ruta, que ambas purgaran los pecados cometidos. Apenas faltaban 5 minutos para el inicio de la misa cuando sonaron las campanas del templo. El repique fue el detonante que impulsó a la tía Gertrudis agarrar de la mano a la niña y como dos gacelas emprender carrera hasta la capilla.

Dentro del templo, la tía Gertrudis buscó afanosamente los primeros bancos, haciendo que Carmencita recorriera toda la iglesia; contribuyendo a que el calor experimentado quebrantara su maltrecho estado de ánimo. Una vez sentadas, invocaron la presencia de la Santísima Trinidad, persignándose en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Esto preparó el terreno para que la tía Gertrudis comenzara a recitar una oración antiquísima que la pobre niña nunca entendió sino años más tarde, el “Salve Regina”.

Ante el panorama expuesto, Carmencita lo único que le pedía a Dios era que aquella hora pasara volando. Porque el calor padecido, junto con los goterones de sudor que bañaban su cuerpo la hacían presa de una comezón insoportable. Por tal razón, ella no tenía deseo de escuchar al padre Segismundo, que ya había empezado la misa. La niña en su incómoda situación buscaba desesperadamente algo que la distrajera un poco de la picazón. Volteó su cabeza hacia la derecha e izquierda, pero no encontraba nada que mitigara la fastidiosa comezón. De repente, vio la sombrilla con mango de pato que estaba debajo del reclinatorio; la tomó en sus tiernas manos; y comenzó a jugar con ella. De más está decir, que la tía Gertrudis, en varias ocasiones, la regañó, sin embargo, Carmencita, sabiendo que la sombrilla había sido el repelente ideal contra la agobiante picazón, continuó jugando.

A medida que fluía el juego, Carmencita miraba simultáneamente la sombrilla con mango de pato y a la tía Gertrudis. En su mente de niña traviesa, veía como la sombrilla con mango de pato cobraba vida, convirtiéndose en un clon de la tía Gertrudis. La sombrilla con doble cubierta negra se asemejaba a la indumentaria que usaba la vieja, es decir, traje y enaguas. La varilla erguida que le daba soporte, tanto a la sombrilla como al mango de pato, era una copia exacta de la columna vertebral de la doñita cuando caminaba más estirada que un cordel. Finalmente, el mango de pato delineaba la cabeza de la tía: frente pronunciada, nariz larga y una boca donde fácilmente le cabía completo un plato llano. De cara al pictórico personaje, producto de su inocencia, Carmencita no podía contener la risa, que se apagaba en fracción de segundos cada vez que la vieja Gertrudis le metía un pellizco.

Entre el juego de la sombrilla y los pellizcos de la tía había transcurrido la primera media hora de la misa.

—¡Por fin!, ya mismo nos vamos —expresó jubilosa la niña.

Pese a la proximidad de la hora de salida, Carmencita nunca cesó el juego con la sombrilla, poniendo en práctica una serie de giros increíbles. Los malabares realizados con el rústico objeto desviaron, varias veces, la atención de los fieles que ocupaban los bancos aledaños. No obstante, cuando el padre Segismundo la reprendió en pleno ofertorio; Carmencita detuvo el jueguito para centralizar sus cristalinos ojos azules en el mango de pato, pero sobre todo en el broche de plata que bordeaba el pico de la llamativa ave. Entonces sí, que la cosa empeoró. La entrometida niña al desasir el broche hizo que la sombrilla se abriera en un santiamén, volándole el moño postizo a la tía Gertrudis. Esto causó las risotadas de los presentes, y máxime cuando el moño, patas arriba, parecía un alfiletero, gracias a la innumerabilidad de horquillas que lo sostuvieron hasta el vergonzoso incidente.

Carmencita nunca supo, a ciencia cierta, cuántos cocotazos, estrujones y zarandeos recibió; lo que jamás olvidó fue la máxima sentencia de la tía Gertrudis: “Canto de morona, cuando salgamos de misa, ¡prepárate!”. ¡Ay bendito! Ahí supo la pobre Carmencita que de nada valió el ayuno impuesto, ni la procesión de dos millas y media hacia la iglesia y menos aún la expiación de sus pecados bajo los ropajes que cubrían su frágil cuerpo, víctima de una comezón insostenible.

Las campanas de la capilla Sagrado Corazón de Jesús, anunciaron la conclusión de la liturgia dominical. A la salida del templo, los fieles intercambiaban impresiones acerca de los asuntos rutinarios de la comunidad: familia, escuela y trabajo. El conversatorio sostenido, entre unos y otros, quedó interrumpido cuando Luisito, el monaguillo, gritó: “¡Válgame Dios! Se acaba de caer la vieja de la sombrilla con mango de pato”. De inmediato, cinco caballeros acudieron en su auxilio, logrando levantarla del suelo. Ellos, muy preocupados, insistían en que fuera al médico, diciéndole: “¡Bendito sea Dios! Permítanos transportarla al hospital. Doña Carmencita, usted no se ve bien”. Ante el reclamo de los hombres, ella, con su mirada penetrante e inconfundible testarudez, legados ancestrales, se limitó a decir:

—¿Por qué tanto revuelo? Estoy bien. Aquí no ha pasado nada. Háganme el favor de traer la sombrilla que olvidé dentro de la iglesia. Debo llegar a mi casa y odio la impuntualidad. ¡Solo allí!, ¡solo allí!, encontraré el alivio necesario a mis dolencias.

Enajenación Insensata de una vesania absurda

Zugeily Torres Díaz

Es tan claro ver todos los días a través de este ventanal acristalado. Como el crepúsculo matutino emerge en el horizonte del alba. Brotan los pocos rayos solares que acarician mi rostro pálido. Por el portillo de barrotes que apenas he podido alcanzar con esta armadura blanca lista para el combate diario, se desvanece el único fulgor optimista e ilusionista de una subsistencia altruista. Soldados de plomo se conglomeran en el escaque del suelo ajedrezado esperando llevar a cabo su obra maestra. Contratan a los súbditos insanos en posición de «jaque mate» atrapados por la torre de marfil sin escapatoria y rumbo particular. Interponen una partida precisa de marionetas sociales amenazadas por el ahogamiento estrangulador lejos de este declive disfuncional. Intelectos abstractos y conductas complejas desorientadas a la merced excesiva permanente, traen recuerdos de la historia de una conciencia olvidada. Alguna vez fue preponderada a la luz del contraste de los sentimientos desinhibidos a lo excéntrico.

Abandonada por mi familia dentro de este mundo baluarte y ebúrneo, siento un dolor que durante años no he podido resistir. He sufrido la aflicción del rechazo y el desprecio que resultaron difíciles de lidiar en esta simple vida. Me han golpeado las afinidades y valores que no aceptan a uno como un igual. Frente a un subconsciente desestabilizador instintivo de alejamiento y barreras que no permitieron que siguiera el crecimiento de mi amada hija Lydia, hoy día toda una mujer; albacea de una familia. Varios intentos de ultrajes hasta ataques recibidos por parte de otros fueron capaces de fomentar la ira y la agresividad de esta muñeca desafortunada e intempestiva, sin discernimiento, entendimiento y cordura que provocaron cada día sensaciones negativas y de culpabilidad exacerbada destruyendo la autoestima. Incapaz de pensar con claridad cuando por tanto tiempo nos han despreciado; la frustración y el desconcierto llegaron a atentar contra una vida propia. Desde relámpagos hasta descargas eléctricas trataron de desaparecer los cúmulos de nubes grises que durante años poseían la sensatez erudita del juicio pensador y la razón armoniosa de una mujer que fue asumida desde el pasado en la pena eterna.

Es muy fácil criticar la arquitectura fantasiosa de una vesania insensata cuando es muy difícil salir de este laberinto mental. Se ha convertido cada día en la barbaridad paranoica del control a la suerte del castigo del saber. La línea del tiempo es tú único amigo una vez ha tocado fondo; motivo consciente que Dios conoce el porqué. El sentimiento solamente en la evidencia que un humano perturbado puede reconocer. Es la perspectiva de la preponderancia de forma única que conozco y por medio de la locura sé razonar. Razonamiento encargado de esta demencia absurda, insania y enajenada que solo yo y los que estamos aquí diariamente vagando constantes en este lugar podemos ver más allá. De una existencia trastornada por la decadencia, falta de comprensión y actitudes para ser aceptados por los demás. Estamos obligados a vivir en nuestra burbuja de cristal para no ser lastimados por la insensatez humanista que no quiere ver a través del corazón de una perturbada.

El sufrimiento que se puede vivir aquí es un acontecimiento irreparable porque durante mucho tiempo estuve atrapada en esta torre de marfil tratando de salir. Los abusos sin piedad y compasión por parte de los más sanos fueron un disfrute diario de cómo se desvanecía una sumisa desequilibrada. Pasaron los días y una voz que provenía de un subconsciente interno me persuadía a que saliera de este mundo fortificado para ver el universo real. La voz era de una doncella radiante, alegre y jovial, igual a un ángel como solía ser en un antepasado cercano, que abrió un portal celestial brindándome la fuerza y la oportunidad de volver a creer en la vida otra vez. La esperanza me abrazaba de la única forma maravillosa que se podía sentir la libertad. Encontrar un espacio nuevo más preferible que el del ayer y dejar todo atrás era muy acogedor para mi fe. La supervivencia moderna con la creencia optimista de una experiencia mejor se encargó de mostrarme lo peor de la humanidad. Pensar que en el exterior se está con mayor seguridad que en ningún otro lugar era un terrible error. Fuera de esta fortificación se encontraban las más temibles fieras que podían existir en este período presente. Lugar que por una larga temporada vio perecer, renacer y sobrevivir a esta mujer educada, culta, dueña del saber y maestra de profesión. Cada día encargada de recordar y sentir que todavía estaba en aquel lugar que alguna vez fue su hogar, gracias a la crueldad y la infamia humana: el hospital mental en donde hay espacio para todos sin la menor distinción.

El ladrón de papel

Samuel Ginés Vázquez

–Yo solo no creo que él sea la persona indicada para ti –Serena le dijo a su hija mientras continuó con lo que hacía sin levantar la vista.

–Créeme, hago esto por tu bien. Por ahora concéntrate en tus estudios de hechicería que algún día me darás la razón –dijo Serena. Iris solo contestó con un soplo, levantando un mechón de su hermoso cabello negro mientras retorció hacia el techo sus ojos verdes.

Iris sabía que llevarle la contraria a su madre no era una alternativa sabia, al menos no ahora. Sus estudios de hechicería habían comenzado hacía muy poco, y el momento para concentrarse en sus lecciones básicas era ahora. Iris también reconocía que la hechicería requería un dominio total de los principios, debido al peligro de que algún paso en los procedimientos se olvide o se confunda, haciendo que todo salga mal, y hasta hacer más daño que bien. Toda su concentración había estado bien hasta que conoció a Trifio, el apuesto hijo más joven de uno de los mercaderes del pueblo, donde su madre compraba varios de los ingredientes que utilizaba para confeccionar sus hechizos y pociones.

–¿Cómo es posible que permitas que un mocoso que apenas acabas de conocer se te meta por los ojos? –preguntó Serena mirando a Iris con cara de decepción, torciendo sus labios.

–Mírame, Iris –insistió su madre, luego suspiró buscando calmarse– Sabes que este no es el momento para andar con distracciones, la hechicería no es cosa de juego, con cada paso, cada ingrediente y medida algo podría salir mal. Necesito saber si cuento con tu total atención o si prefieres podemos suspender...

–No madre. Te prometo que me concentraré solo en la hechicería, eso es lo único que deseo en este momento. Lo de Tifrio... ya no me importa, yo solo quiero que estés orgullosa de mí, madre. No te fallaré.

Los meses pasaron e Iris aprendía lecciones de hechicería con vigor, levantándose a la primera luz del alba y encargándose de sus obligaciones de la casa, para luego dedicar sus tardes a cada lección. Fueron muchas las noches en las que dormía, luego de la media noche, tratando de entender algún concepto que su madre le había explicado. Su devoción a la hechicería era implacable, pero aun así Serena sentía que algo le faltaba a su hija. Desde la noche en la que ambas discutieron, no hubo muchos momentos de alegría entre ambas, solo de ardua práctica y enseñanza de hechicería. Una noche entró Serena al cuarto de Iris en una de sus *rondas nocturnas* encontrándola dormida sobre sus libros de hechicería. Serena movió su mano haciendo que Iris flotara, y con cuidado la depositó en su cama. En ese momento, Serena se dio cuenta que Iris ya no era aquella niña de piel color olivo, que llegó en carrosa de paja y envuelta en un traje hecho de trapos a la puerta de su casa. También entendió que con tanto ajetreo en hechicería se le había olvidado el sonido de la risa de su hija. Ella tenía que hacer algo al respecto.

Al día siguiente, Serena le pidió a Iris que hiciera lo mínimo en cuanto a las tareas de la casa y que se reuniera con ella en el patio tan pronto terminara. Al llegar, Iris encontró a su madre añadiendo unos ingredientes a uno de tres pequeños calderos que allí se encontraban. Estos a su vez se encontraban justo en el centro de tres círculos adornados con unos símbolos que Iris no reconocía. Iris no podía contener la emoción de ver como de cada caldero humeaba, emanando una luz burbujeante.

–La lección de hoy, es una muy adelantada para tu nivel, pero creo que el producto es necesario –dijo Serena con una sonrisa dibujada en su rostro. Iris solo observaba tratando de aprender lo más que pudiera de lo que sucedía frente a ella.

En ese momento, su madre caminó hasta el punto donde los tres círculos casi se tocaban y se paró allí. Luego cerró los ojos y murmuró unas palabras que Iris no pudo escuchar desde donde se encontraba. Alzando los brazos, Serena comenzó a girar lentamente, mirando cada uno de los calderos, haciendo que el contenido de estos flotara en el aire, subiendo en una espiral. Entonces dirigió el contenido de los calderos haciéndolo juntarse a pocos metros de sus manos sobre ella. Serena comenzó mover sus brazos como si estuviera emburujando una maraña de aire gigante entre sus manos, haciendo que los contenidos giraran con tanta fuerza que un viento huracanado levantaba el polvo y las hojas de los árboles, haciendo que Iris se cubriera los ojos a manera de protección. Del centro de la masa de contenidos emanaba una luz radiante, al principio blanca, luego, anaranjada, luego roja mientras la parte líquida se evaporaba en una nube que giraba violentamente en espiral, creando lo que parecía un tornado sobre la cabeza de Serena. De repente hubo una pequeña explosión, dejando una piedra que brillaba con un suave brillo azul girando sobre Serena, quien extendió una mano hacia el frente para detener la inercia que llevaba la roca en su azul viaje de colisión contra la roca más grande.

–Esto es una piedra *soplo*, utilizada correctamente te permitirá comunicarte con personas a las que no puedes ver por ahora, pero que yo sé significan mucho para ti. –Iris solo miraba la piedra y sus detalles azules que resplandecían con el sol y luego miró a Serena sin entender.

–Sé que he sido dura contigo al no dejarte ver a Trifio, y se lo que sientes por él, es obvio que piensas en él, aunque te has sumergido en las lecciones de hechicería. Me recuerdas a mí cuando era joven, yo también me enamoré alguna vez y utilicé una de esas piedras que tienes en la mano para enviar mensajes entre ambos. Quiero que seas una buena hechicera, pero también quiero que seas feliz. Ven mi hermosa gitanilla, que te voy a enseñar cómo se hace.

–Gracias, mamá –dijo Iris mientras besaba y abrazaba a su madre con gran alegría.

Luego de sus primeros dos intentos, Trifio recibió un ave del tamaño de un picaflor hecha con dobleces de papel y con una pequeña nota explicándole que esta era un ave mensajera que Iris había enviado. De ese momento, en adelante, Iris y Trifio se comunicaban por pequeñas notas que llevaban las aves mensajeras que Iris guiaba con la ayuda de la piedra *soplo*, mientras Iris continuaba avanzando con sus estudios de hechicería. Esto mantenía a Serena y a Iris muy felices. Luego de varias semanas, Trifio le envió a Iris la siguiente nota:

Querida Iris, espero estés bien. Me fascinan tus aves mensajeras, pienso que son geniales. Me preguntaba si existe alguna manera que yo pudiera pilotear una, solo para verla revolotear por el campo mientras pienso en ti. Pienso en ti todo el tiempo. Espero verte pronto.

Trifio

Su madre le había enseñado que para compartir el control de la piedra *soplo*, solo tenía que cortar un pequeño pedazo de esta; advirtió le también del peligro de que este poder caiga en manos inexpertas o malintencionadas. Iris entendía que no había peligro alguno y decidió enviarle el pedazo de piedra a Trifio. Luego de intentar varias veces, Iris observó que el ave mensajera no podía elevarse debido al peso. Entonces, Iris logró hacer un ave mensajera del tamaño de un cuervo, que luego de varios intentos logró cargar la piedra sin problemas.

Luego de varias semanas, Serena camino al pueblo en busca de algunos encargos. En el proceso escuchó de varios de los mercaderes sus quejas de que habían visto un ave, que a pesar de ser del tamaño de un cuervo era blanco como el papel, entrar en sus tiendas y escapar con el oro y la plata cargándola en su pico y en sus garras. No había duda de que esto no era normal y Serena comenzó a sospechar que probablemente Iris y Trifio tenían algo que ver con esto. Su sentimiento de culpa por haberle enseñado a Iris como utilizar la piedra *soplo* para controlar a las *aves mensajeras* la hizo enfurecer.

–¿Iris cariño, me dejas ver tu piedra *soplo*? –Serena le preguntó a su hija y esta titubeando un poco le mostró su piedra. Reconociendo que le faltaba un pedazo a la piedra ya no cabía la menor duda, de lo que había pasado, para Serena.

–No tengo que darte explicaciones de lo que voy a hacer, pero de ahora en adelante no vas a utilizar más la piedra *soplo* y no quiero oír ni una palabra del ladronzuelo de Trifio –dijo Serena arrebatándole la piedra de sus manos a Iris.

–¿Y a ti quien te entiende? Siempre hago todo lo que me pides y nunca te he desobedecido, siempre aprendiendo hechicería, siempre estudiando, siempre encerrada. Trifio nunca te agradó, siempre lo odiaste. Eres una madrastra injusta, ni siquiera eres mi verdadera madre, y sabes que... te odio.

En ese momento, Iris salió del estudio de su madre y se encerró en su cuarto de un portazo. Serena se quedó con el estupor en el rostro y sin poder creer las palabras que había escuchado de la

boca de su hija, de su *gitanilla*. En ese momento, Serena dejó salir un estruendo desde lo más profundo de su ser, los cimientos de la casa temblaron y la madera crujió por un instante. Un viento huracanado soplo tirando todos los libros de hechicería al suelo. La casa era un desastre. De repente, un fuerte dolor le atacó a Serena en su pecho, sintiendo que se le desgarraba el corazón, mientras el mundo le dio vueltas y se desplomó al suelo. Iris presintió que algo le había pasado a su madre y salió a ver qué pasaba. Al encontrarla tirada en el suelo, pensó por un momento, agarró la piedra *soplo* y corrió al patio. Utilizando un pedazo de canvas que su madre utilizaba para tapar un agujero en el cobertizo, logró trazar los dobleces necesarios para construir un pájaro gigante. Luego, tomando la piedra *soplo* logró transferir la energía suficiente para lograr que este se moviera. Ella montó el pájaro y se fue en dirección al pueblo.

Trifio se alegró mucho al ver que Iris traía un pájaro tan grande. La mente de Tifrio corría al ver las posibilidades, mientras Iris le contaba lo sucedido con su mamá y de cómo lo había extrañado tanto. Iris abrazó a Trifio y él le recíproco sin quitarle los ojos de encima al pájaro.

–¿Tienes la piedra?

–Sí. ¿Por qué?

–No, por nada. Rápido, tenemos que irnos de aquí, si mi papa o alguien del pueblo te ve a ti o al pájaro, le van a contar a tu mamá que te escapaste. Déjame agarrar unas cosas de la casa y nos vamos lejos, mi *gitanilla* –le dijo Tifrio a Iris quien asintió con una gran sonrisa.

–¿Sabes hacia dónde vamos? –pregunto Iris una vez Tifrio se subió al pájaro, sentándose junto a ella y abrazándola.

–Hay una cueva al norte de aquí, que nos puede servir de refugio por ahora. Acamparemos ahí lo que resta de noche y a la mañana decidiremos qué hacer. –Trifio dijo esto e Iris, dirigió el pájaro hacia la cueva.

Iris y Trifio acamparon en la parte alta de la cueva donde nadie los molestaría. Tifrio logró hacer una fogata y se sentó junto a Iris abrazándola, tratando de quitarle el frío. Entonces Trifio sacó una botella de vino de su saco, y la pasó a Iris, quien al principio sorbió lentamente, pero luego entre ambos se acabaron todo el contenido de la botella. En la euforia de su nueva adquirida libertad, Iris sintió un deseo inmenso de mover su cuerpo, al ritmo que marcaba su corazón. Tifrio la observaba mientras ella se movía, utilizando movimientos que conocía de sus clases de hechicería y otros que venían a su mente de manera natural. Lento al principio, para luego parecer que en alguna de sus vueltas perdería la postura y quién sabe si la cordura. En una de sus vueltas Iris pateó uno de los bultos de Trifio. El sonido de metal contra metal resonó por el eco de la cueva, las llamas de la fogata se reflejaban en las brillantes monedas de oro y plata, como si la tierra se hubiera abierto, dejando ver su sangre roja y caliente.

–¿Que es todo esto Tifrio? Tantas monedas –Iris rio a carcajadas, mientras observaba las monedas inclinando la cabeza, con la curiosidad encendida en sus ojos, tratando de entender lo que veía en medio de su mareo.

–Es lo que he estado guardando de mi trabajo mientras aprendías hechicería. Esperando que el día llegara para estar juntos y casarnos.

–¿Pero tú, para quien trabajas para el Rey? Ah, ya sé, te lo robaste todo –Iris dijo riendo–. Eres un ladronzuelo, mi querido ladronzuelo Trifio –Iris continuó riendo y bailando alocadamente. Tifrio sacó un cuchillo que escondía en la espalda, sin que Iris lo notara. El golpe que Tifrio le propinó en la cabeza a Iris con el cabo del cuchillo fue tan fuerte, que ella cayó en el suelo, mientras sentía que su sangre corría fría sobre su frente.

–Dame la piedra, la que controla el pájaro –Iris miraba la sangre en sus manos confundida.

–¡Ahora, Iris, maldición! –Iris sin poder salir de su estupor buscó en sus bolsillos sacando la piedra y ofreciéndola a Trifio, lágrimas corriendo por sus mejillas. Tifrio tomó la piedra y corrió a recoger las monedas que quedaban en el suelo.

–¿Es así como tratas a tu amada, mocoso? –Una voz de mujer dijo de entre los árboles. Tifrio corrió a lado de Iris, acercando el filo de su cuchillo al cuello ya ensangrentado de Iris.

–No te acerques bruja asquerosa o le rebano el cuello a tu preciada *gitanilla*.

–Déjala ir, ella de nada te sirve. Además, está herida, ella necesita que le curen la herida que tú le hiciste. –En ese momento, Serena salió de entre los árboles hacia la luz, ambas manos levantadas, mostrando que no traía armas.

–Yo sé que eres una hechicera poderosa, necesito una garantía de que no me harás daño. La *gitanilla* se va conmigo.

En ese momento, Trifio hizo un intento de levantar a Iris sin retirarle el cuchillo del cuello. Trifio tomó el bolso con el oro y la plata, logrando hacer que Iris se subiera al pájaro, siguiéndole muy de cerca, todo el tiempo amenazando la vida de Iris.

Ya cuando estaban en el aire, Iris comprendió el error que había cometido, se sentía avergonzada por lo que le había hecho a su madre, pero más aún de lo que le había dicho. En realidad, Iris amaba a Serena y viéndose presa de Trifio, Iris se sintió que todo su mundo giraba fuera de control hasta perder el sentido. De repente, el gigantesco pájaro comenzó a perder altura, Tifrio sacó la piedra *soplo* y le ordeno al pájaro que volara más alto, consiguiendo parar la caída hasta que la piedra comenzó a vibrar y a brillar, creando un calor de flama color verde tan intenso que el pájaro se desintegró, y el cuerpo de Tifrio cayó al vacío mientras las flamas lo consumían. El cuerpo de Iris flotaba en el aire, envuelto en una esfera que brillaba con luz color azul tenue, en dirección hacia donde estaba Serena, quien la recibió en sus brazos y la besó en la frente, curando la herida que Tifrio le había hecho con su cuchillo.

–Mamá... –dijo Iris al levantarse por la mañana en el bosque, frente a una fogata donde su mamá cocía algo que olía delicioso y también algo que expedía un fuerte olor amargo.

–¿Y Trifio? –le dijo Iris a Serena quien le traía una taza de medicina en una mano y el desayuno en la otra. Serena le dio la medicina primero a Iris, su sabor amargo era conocido, pero no era nada que el sabor de un buen desayuno, hecho por su madre, no le pudiera borrar.

–El joven Tifrio regresó y te trajo luego de varias horas, tú estabas inconsciente. Él se preocupó por ti porque estabas sangrando tanto y te trajo hasta mí. Me pidió que no te dijera lo que había pasado, porque a él se le veía arrepentido.

Iris escuchó las palabras de su madre mientras ingería su desayuno, pero sabía que era mentira, sabía lo que había sucedido, porque lo vio en un sueño. Trifio se consumía por las verdes llamas de su avaricia entre una lluvia de oro y plata mientras caía al inmenso vacío.

–Mamá, lo que dije...

–Lo que dijiste no importa, porque fueron tus acciones y sentimientos los que te devolvieron a mí. Yo también te amo, mi *gitanilla*.

Cinco

Anthony "Anto" Gamunev

Contra la pared de un enorme pasillo y con solo una minúscula katana en mano, Ami Mizuno desafía la realidad. Cuatro hombres de negro la rodean. Ami jadea sin parar. Una lágrima rueda por su mejilla. La limpia con su hombro sin despegar las manos de su fiel aliada. Su vestimenta es tan parecida a la de sus adversarios. La única diferencia es que ella lleva a espaldas un bulto. Los hombres, sostienen katanas enormes en mano. Del primero al último se parecen, hasta el más mínimo detalle. Todos ellos, copias. Al unísono bajan la katana y la apuntan en dirección a Ami. Parecen estar conectados... sus gestos, sus cuerpos, su frialdad. Ami Mizuno no sale con vida de ésta.

* * *

El ruido del despertador levanta a una mujer de su sueño. El parpadeo indica las 5:00 de la mañana. La delicada mano apaga el aparato ensordecedor. La mujer se levanta desnuda de la cama. La piel de porcelana nunca ha sido maltratada por el sol. Su color es uniforme. Ante semejante perfección, no hay necesidad de llevar ropa puesta. La mujer se acerca a una enorme ventana de cristal. A lo lejos, el sol naciente, penetrante, muestra destellos de luz que pintan la femenina silueta en el suelo. El cuarto es amplio y el mobiliario minimalista. Una voz tímida invade su espacio

- ¿Srta. Lau? - la sirvienta, entra de puntillas en el cuarto. Con un kimono negro, camina descalza y sin hacer ruido. Se arrodilla. En sus manos trae una bandeja con té caliente. Lau se acerca, toma la taza de té y se dirige al baño. Con su mano izquierda trata de esquivar el sol que nuevamente invade su mañana por otra ventana de vidrio. La sirvienta se levanta, le sigue los pasos sin fijar la mirada en Lau. La sirvienta nunca ha visto la cara de su ama. Lau entra en la tina mientras que la criada vierte poco a poco agua sobre el cuerpo perfecto de Lau.

- ¿Cinco está lista? - Yukiio pregunta mientras juega con sus manos en el agua.

- Yukiio, es muy temprano, necesita más tiempo... - la otra responde. Yukiio sin decir palabra alguna, la frena con sólo el chasquido de sus dedos.

- Perdón, Srta. Lau. - la mujer baja su cabeza en señal de reverencia y rápidamente arregla su error.

- Ponla a prueba - Yukiio contesta y se sumerge en la tina.

La sirvienta se levanta. Saca un celular y hace una llamada. Sólo se escucha un murmullo. Se arrodilla detrás de la tina, masajea la espalda de Yukiio Lau.

- Tenga la bondad de inclinar la cabeza, por favor - dice la sirvienta. Lau se acomoda en la tina y mira a través de la ventana las frías montañas que las rodeaban.

- Hoy comienza el invierno - es lo último que dice Yukiio antes de hacerle señas a la sirvienta para que se retire.

La mujer sale del cuarto. Baja varios tramos de escaleras hasta llegar a un sótano. Se arregla el pelo, luego su kimono y baja el último escalón. Dos hombres vestidos de negro protegen la entrada. La sirvienta se acerca a la puerta, pega su cara a un sistema infrarrojo que lee su retina. Una voz automatizada le dice "Identifíquese" a lo cual ella responde "Sakura Natzuki". La enorme puerta le concede el acceso a la sirvienta. Desde el tope de las escaleras la sirvienta puede ver a lo lejos a Cinco, una niña de doce años, y a Usagi Tsukino, su sensei. Ambas pelean. Más bien practican a pelear. La criada le hace señas a la otra mujer. Ésta se acerca. Cinco practica con sus armas de madera. Usagi y Sakura bajan la cabeza en forma de saludo formal.

- Es hora - dice Sakura en voz baja.

- No es posible, necesito más tiempo. Lo que piden no se logra en un año - molesta reclama en voz baja. Ambas miran a Cinco quien continúa con la práctica de sus movimientos.

Sakura recalca - Es hora - y se marcha. Deja atrás a Usagi quien se acerca a Cinco. Ambas retoman la pelea de antes.

- 3, 2, 1. ¿Quién eres? - pregunta Usagi.

- Me llamo Cinco - contesta la niña mientras golpean los palos de madera. Gloon, clack, gloon, clack. Un concierto entre ambas comienza. Gloon, clack, gloon, clack. La niña no pierde ritmo que establece Usagi.

- ¿Cuál es tu misión? -

- Matar a Giorgio Mangiocavallo -

Gloon, clack, gloon, clack. De izquierda a derecha la danza continua. Ami tiene el control, luego Usagi.

- ¿Dónde lo encuentras? -

- Calle Richmond número 5161. Casa antigua. Segundo piso. Puerta roja. -

Gloon, clack, gloon, clack. Ami cae al suelo, pero velozmente se levanta. Protege su cara de los golpes de la sensei.

- ¿Cómo lo matas sin despertar sospechas? - Gloon, clack, gloon, clack. Usagi arrincona a Ami.

- "Con un beso apasionado" - suelta una risa infantil malévol. Logra desenfocar a Usagi, la tumba al suelo. Besa dos de sus dedos, los posa sobre la frente de Usagi y se aparta de ella. Se posiciona en forma defensiva.

- ¡Cinco! - exclama molesta la sensei.

- Ami Mizuno. Mi nombre es Ami Mizuno - Cinco contesta desafiante.

Usagi se levanta del suelo. Camina hacia una cama que está pegada a la pared. Se sienta. Cinco se acerca cautelosamente. Pone sus armas en el suelo. Se sienta junto a Usagi. Saca del colchón un cómic, se lo muestra a su sensei.

- Cinco, ésta no eres tú. Es un personaje imaginario. Fuiste creada para una misión... Sin que Usagi termine de hablar, Cinco la interrumpe fríamente.

- Me crearon para matar. Pero mi nombre es Ami, Ami Mizuno. -

El sonido de la puerta acaba con la conversación. Ambas se ponen de pie.

- Es hora - dice calmadamente Ami.

Dos hombres de negro escoltan a la niña y a su sensei a la superficie. Ami ve en persona por primera vez el sol y a la vez siente la brisa fresca. Es hoy que por primera vez respira aire natural. Tose. Ami no se da cuenta que ambos hombres son idénticos. Uno de ellos camina frente a las mujeres. El otro les sigue el paso muy de cerca. Usagi está nerviosa pero no lo muestra. Ami está tranquila. Los cuatro caminan por un pasillo amplio. El edificio es abierto y por ende pueden ver la naturaleza que los rodea. Ami está sorprendida. Por doce años, su vida ha sido encerrada. Pasan junto a varios salones y a través de las ventanas Ami ve otras niñas que nunca había visto antes. Al fondo ve a dos hombres de negro que cuidan la salida.

Llegan a una oficina, entran los cuatro. Ami lo primero que ve es una katana sobre un escritorio. Luego, su mirada se pierde en la enorme ventana de cristal. Cautelosamente se acerca, quiere ver qué hay allá. La abertura era tan idéntica como la que horas más temprano había visto despertar el cuerpo desnudo de Yukiio. Justo cuando la niña va a posar sus manos en el cristal, un hombre la

retira fuertemente. La sienta frente a un escritorio y a su lado deposita a Usagi. La sensei no entiende. Los hombres se posicionan detrás de cada una. Frente a ambas mujeres, Yukiio está sentada sobre el escritorio, permanece de espalda. Lee un libro. Frente a Yukiio, una pared de monitores muestra varios ángulos del cuarto de Cinco. Usagi cae en la cuenta, Yukiio sabe lo del cómic. Ami estudia cada uno de los monitores. Una lágrima se desliza por el rostro de la sensei.

- ¿Qué es esto? – Yukiio, sin virarse, pone varios cómics sobre la mesa. Ami los mira. Usagi no levanta la cabeza. Yukiio nunca muestra su cara.

- Ami... - un fuerte crack impide que la mujer termine su oración. Ami mira a su derecha. El cuerpo sin vida de la mujer cae al suelo. Ami, horrorizada, no sabe qué hacer. Los hombres recogen el cuerpo desplomado. Salen de la habitación. Ami estudia sus alrededores.

- Demuéstrame de que estás hecha... - dice Yukiio.

Sin soltar palabra alguna, Ami se levanta de la silla, toma la katana que está sobre el escritorio de Yukiio y sale del cuarto. Yukiio pone el libro sobre su escritorio. Presiona un botón y una alarma comienza a rechinar en todos lados. Ami corre por el pasillo. Trata de abrir varias puertas pero ninguna abre. Ve una escalera, sube un nivel. Intenta abrir más puertas. Una de ellas abre. Entra. Es una guardería infantil. Hay doce cunas. Hay doce niñas iguales. Todas son copias de la anterior. Ami no entiende. Se acerca a la ventana. La abre. Mira hacia abajo. Es muy alto y no puede brincar. Se aleja de la ventana y con calma busca una solución. Toma una de las niñas. Hace un bulto con la sábana de la niña. La pone en su espalda. Sale de la guardería. Dos hombres de negro la persiguen. Logra bajar las escaleras. Llega al nivel principal. Corre, pero los dos hombres de negro que guardaban la salida la acorralan.

Contra la pared de un enorme pasillo y con solo una minúscula katana en mano, Ami Mizuno desafía la realidad. Cuatro hombres de negro la rodean. Ami jadea sin parar. Una lágrima rueda por su mejilla. No sabe por qué. La limpia con su hombro sin despegar las manos de su fiel aliada. Su vestimenta es tan parecida a la de sus adversarios. La única diferencia es que ella lleva a espaldas un bulto. Los hombres, sostienen katanas enormes en mano. Del primero al último se parecen, hasta el más mínimo detalle. Todos ellos copias. Al unísono bajan la katana y la apuntan en dirección a Ami. Parecen estar conectados... sus gestos, sus cuerpos, su frialdad. Ami Mizuno no sale con vida de ésta.

Ami Mizuno dibuja una línea en el suelo con su katana. El suelo rechina. Su mano tiembla. Da dos pasos hacia atrás. Mira de lado a lado. Mira a su derecha, busca la salida, pero recuerda que la salida más cercana le queda a 50 kilómetros. No hay de otra. Es preciso que Ami Mizuno salga con vida. "Tienen que saber. Ami Mizuno. Mi nombre es Ami Mizuno...". Nerviosa pero tranquila, examina matemáticamente a cada uno de ellos, busca por donde atacar. Ami Mizuno da un paso al frente. Los hombres no se mueven. Ami mueve su katana de lado a lado, busca desatar alguna reacción de sus contrincantes. Los hombres permanecen estáticos. Ami da un paso atrás. Nuevamente mira a su lado derecho. Donde ella sabe que a 50 kilómetros encuentra la salida.

- Cincoooooooo... - grita Yukiio desde lejos. El eco que deja atrás es tan fuerte como el coraje de Ami Mizuno.

Seguido a esto, el sonido de unos tacos que cada vez se hace más fuerte. Los cuatro hombres se arrodillan. Ami Mizuno no pierde tiempo y se hecha a correr. Un fuerte boom, viaja por el pasillo hasta penetrar la frágil cadera de Ami Mizuno. Ami cae al suelo. Se arrastra. No para de arrastrarse. El dolor no la detiene. Ami sigue sin mirar atrás. Una vereda de sangre queda tras su paso. El eco de los tacos ha cesado. Yukiio está justo detrás de Ami. Ami Mizuno se vira. Apunta con su katana en dirección a la mujer, mientras que abraza el paquete que tenía en su espalda.

- Copia contagiada, copia desechada - dice la mujer. La realidad azota fuerte. La cara de espanto de Ami es indescriptible al ver el rostro de Yukiio Lau. Los ojos brotan de su infantil cara.

- Yukiio Lau... pero tú y yo... nosotras somos... - dice Ami antes de gritar. A todo pulmón y con rabia delirante, la diminuta copia no para de exclamar:

- ¡AMI MIZUNO, MI NOMBRE ES AMI MIZUNO, AMI MIZUNO! - Se escucha un último boom. Ami cae al suelo con un perfecto círculo rojo en su frente. Una franja roja baña la mitad de su cara. La mujer se arrodilla. Desamarra el paquete del delicado cuerpo. Lo toma en sus manos. Es una niña. La niña llora. Claramente se muestra la cara de Lau. La mujer comparte el mismo rostro que Ami, sólo que una versión más adulta. Yukiio se levanta. Mira a su joven réplica.

- Cinco. Tu nombre es Cinco – le dice fríamente.

La mujer, con bebé en mano, camina y mientras camina guarda la pistola en su espalda.

Yukiio saca su celular.

- Sakura, mañana comenzamos a entrenar a Seis. Cinco fue un desastre - sonrío la mujer. Yukiio camina segura por el pasillo del internado en dirección a su oficina y le entrega la bebé a uno de los hombres de negro. El resto de los hombres, recogen el cuerpo de la pequeña Ami Mizuno y se lo llevan. Ami Mizuno y Usagi Tsukino son dos nombres que el mundo no recordará... pero el de Yukiio Lau, cuando lo escuchen, la Tierra temblará.

9 p.m.

Natalia Cruz Aguayo

8:28 p.m. Iván aún no ha llegado a casa. Ese chico de verdad que es un idiota. Él sabe que no puede estar haciendo esto. Él sabe lo que ocurre a las 9... Papi está en la sala, todavía en un estupor con su amigo Jack Daniels. Me limpio una lágrima salada de la esquina de mi boca con mi lengua. Iván no me puede dejar sola con este hombre, no lo puede hacer. Me ato mis zapatos de correr con un doble nudo y camino lentamente hacia la puerta principal de la casa, con cuidado de no pisar ningún entarimado raquítrico.

8:34 p.m. En el instante que abro la puerta, el viento frío choca con mi cara. Debería volver a entrar a buscar un abrigo, pero no puedo perder más tiempo. Mis manos están sudadas, a pesar del frío que siento en el resto de mi cuerpo. Iván... te tengo que encontrar. La luna sirve como mi única fuente de iluminación. Al gobierno no le gusta gastar dinero en postes de luz. Los sabuesos no los necesitan.

8:50 p.m. Lo único que se escucha en la noche pesada es el crujido de la grava y las hojas bajo mis pies. Camino hacia la única área en todo el vecindario en que no he buscado a Iván. Oro para no encontrarlo ahí... Dios, por favor, que no lo encuentre ahí...

8:56 p.m. Mis oraciones no funcionaron. Estoy caminando lentamente hacia unos arbustos en la esquina del parque. Cada ciertos pasos camino por al lado a un objeto nuevo que hace que el nudo en mi garganta crezca. Una bolsita plástica... unas jeringuillas... una correa... intento tragar mis nervios yo con mis rodillas temblando, miro detrás de los arbustos.

Iván... un grito se tranca en mi esófago y no lo puedo forzar. Siento lágrimas que caen de mi barbilla. Cierro los ojos, pero la imagen horripilante se queda impresa en mi cerebro. Mi hermano, con su pecho quieto en un charco de su propio vómito. Sus ojos de ceniza se han quedado abiertos, sus pupilas más pequeñas que dos granos de arroz. Me caigo a mis rodillas y empiezo a rascarme compulsivamente. Con la misma velocidad en que me caí, brinco a mis pies cuando escucho el "bip bip" de mi reloj.

9 p.m. Callo el reloj lo más rápidamente que puedo. Iván... ¿por qué me has dejado sola aquí? Me siento como si mi cerebro se estuviera congelando. Comienza a llover. Comienzo a hiperventilar. Tengo que parar. Los sabuesos oyen. No es posible llegar a casa a tiempo. Los sabuesos vienen. Hoy muero.

Escucho ese sonido horrendo de una docena de criaturas trotando por el vecindario. Han comenzado sus rondas. Miro detrás de mí. Llegaron. Me ven. Me huelen, yo lo sé. Los siento. Los veo. Veo a dos de ellos. Están dándole vueltas al perímetro del parque. Otro se acerca a mí, mirándome fijamente. Lo miro para atrás. Me quedo hipnotizada en sus ojos, ciegos y amarillentos.

¿Podrá escuchar el “*tun tun*” de mi corazón? Definitivamente escucha algo, pero no soy yo. Es Iván.

En un instante, el torso de Iván se lanza hacia una posición sentada como una caja de resorte. El tose un poco de su vómito y empieza a hacer unos sonidos asquerosos con su garganta, como si se estuviera asfixiando. Yo me quedo quieta. Trato de no respirar. Trato de no llorar. Los sabuesos nos rodean, acercándose más cada segundo. Han encontrado su alimento favorito, un infractor. Todavía en un estupor, Iván me mira y dice con una voz temblorosa “*teh ahmo helmana...*”

Su voz fue como un gatillo. Los sabuesos lo comienzan a atacar con fervor. Entierran sus garras y sus colmillos en cualquier canto de carne que pueden encontrar. Uno le muerde el cuello, otro le saca un ojo sangriento. Sus gritos y llantos empiezan a desaparecer al igual que la sangre en su cuerpo. Yo lo miro. No puedo hacer nada menos que mirarlo. Espeto mis unas en mi muslo para tratar de soltar la tensión en mi alma. Siento que mi cabeza va a implosionar. Siento como si fuera hielo y veneno lo que corría por mis venas. La lluvia leve se ha convertido en un aguacero. ¿Podrán escuchar a las gotas que caen sobre mí? ¿Podrán oler las lágrimas y el sudor que cubren mi cara? Vuelven a escuchar algo, pero no soy yo, gracias a Dios.

El cielo se rompe con el sonido de un trueno, y el rayo le da al único árbol en el otro extremo del parque y se enciende en fuego. Las cabezas de las criaturas infernales giran de una forma antinatural y corren hacia la fuente del ruido. Mi camisa se pega a mi espalda por el sudor y la lluvia. Siento una ola de náusea al mirar a la pila de sangre, vómito y extremidades de Iván...

Los sabuesos están dándole vueltas al árbol llameante y en ocasión, le ladran o lo arañan. Yo oro para que Dios mande otro rayo, y que me dé a mí. Sería una muerte rápida, sin dolor, no como lo que me espera en esta noche. No... Iván no quisiera eso para mí. Iván quisiera que yo viva, o que por lo menos intente. ¿Sería posible llegar a casa en lo que están distraídos? Lo tengo que hacer. No puedo sobrevivir unas 7 horas más aquí parada. Con cuidado, sin quitarles la mirada a los demonios asquerosos, cojo un paso. No se dan cuenta. Cojo otro. Cojo uno más. La oreja izquierda de uno de ellos se mueve, pero decide seguir oliendo las raíces del árbol.

Veo una casa al final de la calle. Tiene una escalera afuera que da para el techo. Sigo caminando, lentamente, tranquilamente hacia ella. Estoy a un tercio del camino. Estoy a mitad de camino... “*Bip bip*”. 9:30 p.m. Los sabuesos escuchan el reloj. Trotan hacia mí. Siento sus gruñidos en mi pecho, en mi corazón. Empiezo a correr. Corro con todas mis fuerzas. Los siento ladrando en mis talones. Ya no importa, así que grito con toda mi fuerza. Suelto un grito de pura pasión, uno de esos gritos que te queman la garganta y te dejan sin aire en los pulmones. Me lanzo hacia las escaleras. Subo los escalones hacia el techo en cuatro, espetándome piedritas en las manos. No puedo parar. Me pueden seguir. Sigo corriendo. Brinco de un techo a otro. Caigo bien. No quiero mirar hacia atrás, pero lo hago cuando escucho otro trueno. Miro hacia el otro techo y veo a los sabuesos tirándose hacia la calle, en búsqueda de donde salió el sonido. Respiro. Al fin, puedo respirar.

Me tiro al suelo y vomito, el sabor ácido llena mi boca. Quiero dormir. Quiero acostarme aquí a dormir. Pero no puedo. Tengo que llegar a casa. Papi de lo más seguro ya está despierto y si él ve que yo no estoy en casa, voy a terminar como Iván. Iván... No, lloro después. Ahora no.

Sigo brincando de techo a techo nueve veces hasta llegar a la casa mía. Brinco de mi techo al porche y caigo mal, doblándome el tobillo. Sin embargo, no lo siento. No siento nada. No tengo ningún deseo de sentir nada. Y esto me va a ayudar cuando abra la puerta, y tenga que enfrentar a papi. Así que respiro profundamente, coloco mi mano encima del metal frío del picaporte, y le doy una vuelta...

“¿Qué *diablos* tú estabas haciendo afuera canto ‘e ‘stúpida?!” La insólita no me contesta. Esta cojeando. Ya mismo, esa pierna va a ser lo menos de sus problemas. “¿Querías morir allá afuera, ridícula?” Saco el cuchillo que siempre tengo pinchado en mi correa. Me le pego a ella, lentamente, con una sonrisa. Me encanta sentir su miedo. Le cojo la manga de la camisa y se la bajo por el hombro. “Voy a hacerte desear que hubieses muerto, niña...”

12 a.m. Él tenía razón.

2DO PREMIO

El viaje

Natalia Hernández

Esmeralda escuchó el silbido de la tetera y cerró la computadora. Ya le dolían los ojos, buscaba pasajes para irse a Islandia, pero no encontraba ninguno. Sentía la necesidad de viajar, sumergirse dentro de culturas ajenas. Como era novata en asuntos de viaje, compró uno de esos “Lonely Planet” en la librería de abajo y encontró páginas *web* que la instruían en el proceso del pasaporte y la visa, pero aún así no tenía la menor idea de lo que hacía. Esmeralda decidió descansar, buscó su harapienta libreta de dibujo, puso el té dentro de un termo y bajó al área de lectura de la librería. Doña Pepinilla Culipánde, la dueña de la librería, se encontraba devorándose un libro. La señora le tenía especial cariño a Esmeralda ya que esta se parecía a su nieta. “Buenos días, doña Pepinilla. ¿Cómo se encuentra hoy?” le preguntó la inquilina. “Todo bien cariño. Aunque esta mañana cuando me vi en el espejo no me reconocí, vi a una vieja.” le contestó la caritativa envejeciente antes de que rompiera a reír a carcajadas. Esmeralda amaba a esta ratona, siempre cuidaba de sus ratoncitos mientras encontraba una razón para reír. Desde que se mudó al departamento de arriba, doña Culipánde no paraba de mimarla; le regalaba libros nuevos, rehusaba visitar a su familia sin Esmeralda, le conseguía lo que necesitara sin importar el costo o el esfuerzo. “Por ahí hay un muchacho guapo en busca de un buen libro, mira a ver si lo ayudas mi niña puesto que sabes mejor que nadie cuán importante es encontrar un buen amigo y con ese don tuyo”. La chica sonrió, así era la abuela, siempre buscándole un novio. “Por supuesto que sí.” Esmeralda la complació y buscó al chico, aunque lo que quería era perderse en la creación.

Encontró al muchacho con un libro en la mano en el área de misterio. “¿Necesita ayuda?” preguntó Esmeralda a la vez que este se viraba. El muchacho dio un brinco. “Perdona, no me percaté de su presencia.” La chica trató de no reírse mientras esperaba a que el muchacho le contestara. “¿Me preguntó algo?” A Esmeralda se le escapó una pequeña sonrisa. “¿Que si necesita ayuda?” El joven devolvió el libro a la estantería y alzó las manos como gesto de resignación. “A la verdad que sí, sí necesito ayuda. Creo que es la tercera vez que le doy la vuelta a la librería sin encontrar nada.” Esmeralda contempló. Le parecía que al chico le gustaría más la fantasía que el misterio. Esmeralda no sabía qué libro recomendarle ya que estaba confundida entre el hedor de su aura de aventurero y sus ojos de sol. Para ella, eso de encontrarles el libro perfecto a las personas era como un juego de adivinanzas, aunque difícil, se lo gozaba. “Sígueme que aquí no encontrará nada.” La joven lo guio hacia el área donde se encontraba el género de lo fantástico, uno de sus favoritos y extrajo un libro de las tablillas más altas con tanta gracia que el chico quedó impresionado. “*The Hobbit*.” Leyó el muchacho en voz alta y sonrió. “Es un don lo que tiene, estuve en busca de este libro por años y usted lo encontró. Podría concederme el placer de su nombre.” Esmeralda lo miró de reojo. *¿Quién será este tipo?* “Esmeralda, ¿y el suyo?” La sonrisa del muchacho se agrandó. “Usmaíl, como la novela. Mi madre era amante de los libros.” Esmeralda no pudo contenerse y su risa eructó como un volcán. Usmaíl se sonrojo un poco, pero rápido se recuperó. “Ya. ¿Me cobras el libro o me lo robo?” La chica se contuvo y lo dirigió hacia la caja. Doña Pepinilla los vio llegar y observó algo muy curioso. Lector lo que nuestra amada ratona distinguió fue una semilla. Una semilla del tamaño de un grano de arena, pero con la fuerza de un huracán. Sin embargo, la señora caritativa calló su descubrimiento. “Aquí

tiene jovencito. Vuelva pronto, Esmeralda invita al muchacho a un cafecito.” El muchacho vio que esto la incomodó y se excusó. “Hoy no puedo doña Culipándea, pero le prometo que vuelvo otro día”. Así mismo fue, el chico regresó. Al principio Esmeralda trataba de ausentarse, pero el muchacho siempre encontraba una manera de atraerla. Su espíritu de aventurero la intrigaba; parecía una antología de cuentos exóticos. Estuvieron en esas por meses, a veces iban al cine, otras salían a comer y de vez en cuando se sentaban en silencio, estos eran los más especiales. Sus silencios no eran normales estaban llenos de energía, mientras Usmaíl leía, Esmeralda dibujaba. Sus auras eran lo único que necesitaban. Poco a poco ambos caían dentro de ese precipicio que se conoce como amor. Nuestro chico, el pobre Usmaíl, flotaba hacia el fondo. Para él cada nivel era maravilloso, pero para Esmeralda era diferente. Ella se sentía que se hundía, y aunque gozaba el tiempo que pasaba con el chico, quería huir. El deseo de escabullirse a Islandia era eminente, un lucero que no se apagaba. Lo que concebía dentro de sí por su compañero era real, eso no lo negaba. Sin embargo, Islandia la llamaba, susurraba en su oído con el aliento del viento. Hubo un día en específico que esta idea le abrazó y la cegó. Ese día ayudaba a doña Culipándea con la mercancía de la tienda, se encontraba en otro mundo, cada vez que la anciana le pedía un libro la muchacha le daba el que no era. “¿Qué te preocupa mi niña?” Esmeralda la miró y por un milisegundo quiso desaparecer, no podía mentirle a la abuela bondadosa, pero la verdad era dura. “Tengo que irme, doña Culipándea. Este lugar me queda chiquito” la abuela limpió la lágrima que se deslizaba por la mejilla de la chica. Aunque la abuela amaba a su ratoncita, entendía que esta necesitaba tomar sus propias decisiones. Nuestra querida doña Pepinilla no le importaba que se fuera, pero pensaba en el pobre chico de los ojos danzantes. “¿Cariño, que sucedió con tu príncipe andante?” Esmeralda escondió la mirada, no sabía cómo contarle que lo amaba, pero que no podía quedarse. ¿Cómo explicarle a la gente que amas la necesidad de huir, que uno se percibe enjaulado? “No puedo quedarme.” La abuela se levantó y desapareció en su laberinto por unos segundos. “Aquí, tienes. No te preocupes por mí. Ya soy vieja, pero puedo arreglármelas sola. Además, necesitarás dinero en donde sea que estés.” Esmeralda tomó el dinero, no sin antes abrazar a la que fue su abuela por tantos años y le dio las gracias.

Arriba en el apartamento, se decidió de una vez por todas; mañana se iría a Islandia. No podía esperar. Cuando uno quiere escaparse, uno no lo demora. Es una necesidad que ahoga, ciega, mata. Esto era lo que sentía en este momento. Esmeralda buscó su maleta y empacó, se llevó todo; su libreta, los libros que le regaló doña Culipándea, ropa y hasta los regalos que le dio Usmaíl. No quería dejar rastro, deseaba borrar su existencia, arrancar la página y comenzar en una nueva. Para calmarse, puso la tetera en la hornilla, estaba nerviosa, la huida la tenía destrozada, pero en ningún momento vaciló. Su decisión era definitiva, se iba mañana. En ese momento escuchó la voz de doña Pepinilla, que se acercaba y con esta cantaba la de él. Esmeralda sabía lo que le esperaba, era menester que se enfrentara a Usmaíl, necesitaba que entendiera. Respiró hondo.

“¿Cómo que te vas?” los ojos de nuestro chico brillaban como un sol de verano. Esmeralda se acercó. Intentó un gesto tierno, pero Usmaíl se zafó. “Necesito irme” le contestó en voz baja. Usmaíl andaba enojado, no entendía. Le dio todo lo que podía y no fue suficiente; trató de liberarla de su propia cárcel, sin embargo, ella se encerraba aún más. “Dices que vives enjaulada, exiges tu libertad, pero lo que haces es huir. Evades tu realidad. Traté de sacarte, empero no funcionó. Un día cuando seas mayor te arrepentirás de esto, de abandonar a tu familia y los que te aman.” Nuestro héroe intentó controlarse, no obstante, las palabras de su amada le echaban leña al fuego. No tenía excusa, nunca hay excusa para escapar de esa manera. El chico no pudo más, si se quedaba se arrepentiría así que

tras un portazo se marchó. En su departamento, las palabras de su amada lo atormentaban. *¿Por qué? ¿Por qué?* La pregunta le apuñalaba el corazón. En la fría soledad de su castillo le calló a puños a la pared, sus nudillos lloraban las lágrimas que sus ojos le negaban. *¿Por qué?*

El chico vino a despedirse de su estrella fugaz, por más que le doliese, quedarse en su cueva no era una opción. La chica lo miró por última vez, su cara era una piedra moldeada por el dolor, escondía las grietas que lo destruían por dentro. Ella alzó la mano como seña de cariño, pero la ventana de la celda amarilla los separaba. En un momento de debilidad el chico también levantó su mano, era su manera de decirle que la amaba. Esmeralda cerró los ojos, pensó en lo que él le dijo la última vez que hablaron y decidió que era verdad. Huía de una cárcel que se construyó ella misma, no obstante, se iba. Se acomodó en su asiento y de nuevo miró por la ventana, pero esta vez lo que veía no era un ser de piedra, sino la pista del aeropuerto, sintió el tibio calor de la felicidad perdida deslizarse por su mejilla y escuchó el grito de una campana. Las palabras del maestro “Qué triste sonido cuando se acaba” la hicieron volver en sí, recogió sus materiales porque la clase del salón 301 había concluido.

3ER PREMIO

Los sándwiches

Ricardo Gil Blanco Ortiz

Los niños jugaban en el parque a eso de las 7:45 de la noche. Había una leve tiniebla que comenzaba a caer sobre el distrito, pero ya Juan Luis y Nemo estaban acostumbrados a esto. Juan Luis y Nemo eran vecinos y mejores amigos desde que nacieron. Pero hace seis meses, Juan Luis escuchaba gritos salir de la casa de Nemo por lo menos 5 veces en semana, pero él no le prestaba mucha atención ya que de todos modos el distrito no era el mejor sitio del mundo y él lo sabía. A cada rato se escuchaba de que si este mato a aquel o que si raptaron a aquel otro. Lo que sí le extrañaba era que había escuchado a sus padres hablando de esa gritería y mencionar algo de “antes de que ocurra una tragedia”. Le parecía raro porque él conocía a los padres de Nemo y eran buenos con él. Aunque en realidad él no había podido interactuar mucho con el papá de Nemo ya que siempre que él iba a su casa, el papá estaba afuera.

Al llegar de la escuela, la rutina diaria de Nemo y Juan Luis era la misma: llegaban, hacían sus tareas, jugaban en el parque y se sentaban a hablar y a comerse sus sándwiches de mantequilla de maní y jalea. Bueno, Nemo era alérgico al maní, así que el del solo era de jalea. Pasaban toda la tarde en el parque hasta las 9:00 de la noche. Hoy, para la sorpresa de Juan Luis, Nemo había dejado su sándwich, pero decidió no preguntar. Juan Luis estaba sumamente curioso de los gritos en casa de Nemo, así que decidió preguntarle.

“Oye Nemo, por qué en tu casa hay griterías todos los días. Es como una alarma que me levanta por la mañana y hasta por la media noche. Mamá y papá han dicho cosas de una trageria... o tragedia, o como se diga.”

En este momento, Nemo se rio, pensando en la ignorancia de Juan Luis y le contó sobre sus padres.

“Chico, es que son los mejores actores del mundo”

Juan Luis se acababa de enterar de esto

“¿Tus padres son actores?, ¿cómo es posible que llevamos siete (7) años, osea DESDE QUE NACIMOS siendo amigos y yo no sabía esto?” le contestó Juan

“¡Chico cálmate! Deja que te cuente. Papá y mamá me hacen una obra todos los días. Bueno, casi todos los días. Estoy seguro de que papi es el director porque él siempre es el que da las órdenes. Inclusive, esta mañana, antes de la escuela, estaba jugando con mis *Legos* cuando escuché unos gritos en la cocina. Asumí que era mamá porque ella siempre es la que grita, ese es su papel, además, los gritos de papá son profundos y con autoridad. Pero este grito fue muy raro porque fue el grito más chillón que mami había soltado. Siempre que llegaba papá, llegaba “furioso”. Le decía unas “groserías”, pero claro, de chiste y luego hacía que le pegaba. Recuerdo la primera vez que vi su espectáculo. Me asusté mucho de lo real que era, pero papá me sacó a un lado y me explicó todo lo que estaba ocurriendo. Pero Juan Luis, te digo que parece de película. ¡Están brutales! Papá hace que parezca que mamá bote sangre y todo. En verdad no sé cómo lo hace. De hecho, ayer me hicieron parte de su obra. Pero la de ayer fue un poco distinta. ¿Sabes de las pistolas de juguete que guardo debajo de mi cama? Pues no sé si cogió una de las mías, o se compró una para él, pero papá llegó con una en la mano y era más brillante que cualquiera de las mías y parecía pesada. Cuando fui a la cocina a ver, papá sacó su pistola de juguete y le apuntó a mamá. No sé por qué tenía tanto miedo, porque obviamente era una pistola de juguete. Luego de algunos gritos, papá le “disparó” a mamá y ella cayó al piso, casi como si la hubiesen matado. Luego papá se volteó hacia mí, me apuntó con la pistola y sentí un dolor rápido en mi frente. Fue una sensación rara porque nunca me habían incluido en su obra, pero la ignoré porque fue tan rápida que casi ni se sintió. Asumo que ese dolor es parte de ser actor. Pero Juan Luis, lo más interesante de todo es que luego de eso, me podía ver dormir en el piso sobre un charco rojo... probablemente se me cayó el jugo. No se cómo explicarlo, pero eso fue lo que pasó. Eso sí, esto de ser actor es raro. Después de la obra, la maestra no me escuchaba en clase y todos me ignoraban menos tú.”

“¡Qué raro...!” Le contestó Juan Luis

“Oye, ya son las nueve, deberíamos volver aunque creo que mamá todavía está tirada en el piso, o por lo menos lo estaba cuando llegué de la escuela antes de venir al parque. Y papá estaba tirado al lado de ella también. Tal vez se quedaron dormidos... Bueno, nos vemos mañana Juan Luis”

En este momento Juan Luis se fue para su casa y Nemo comenzó a subir las escaleras que acababan de aparecer en el centro del parque hacia su nuevo hogar, agarrado de la mano de su hermosa madre, dejando atrás la memoria de su sándwich de jalea. Al mismo tiempo, se abrió un hoyo gigante en el piso del cual resonaba el grito agonizante y profundo del papá de Nemo.

MENCIONES

No habrá soledad

Iván G. Jackson Rivera

El pasillo estaba vacío, pero repleto de memorias inolvidables. Camino despacio, con ansias de llegar al final, pero con ganas de nunca encontrarlo. Mis pasos suenan en el suelo duro como una conga empezando un ritual (terrible ritual que es este). Observo los casilleros vacíos y dañados. Recuerdo como los cerrábamos con una fuerza excesiva mientras comentábamos sobre que nota nos dio la maestra o cuan horrible era la escuela. También hablábamos de lo barato y feos que eran los casilleros: “Estos de seguro se los regalaron a la escuela” –decía mi mejor amigo– “porque la escuela no puede ser tan morona de comprarlos rotos.” ¿Qué habrá pasado con él? Rogelio. Hace más de 15 años que no escucho nada de él, bueno, hace tiempo que no escucho de nadie. Las personas se gradúan y se olvidan de su pasado, de las clases, de los chistes, de los llantos, pero yo no. Yo no me olvido. Mientras menos me olvido, más cuenta me doy de que me olvidaron. Encuentro la próxima puerta y la fuerzo; cede. Veo todas esas caras jóvenes e inocentes, pero de inocentes no tienen nada. Ellos no saben el daño que le harán a sus compañeros cuando crezcan. Ellos no se merecen la vida que vivirán si se olvidaran de su pasado. Aprieto el gatillo y no lo suelto hasta que los gritos cesan. Me acuerda de cuando vivía con mi ex esposa y nos tomábamos turnos para rociar las plantas. Felizmente, siempre tomaba su turno mientras ella salía “de compras”. Me parecía raro que ella se tardara siempre 4 horas en salir de compras y que siempre llegara despeinada y contenta; pero si irse de compras la hacía feliz, me parecía bien. Siempre que salíamos a comer ella estaba muy distraída con su teléfono, pero se veía contenta y me parecía bien. Los chistes que yo le decía nunca le daban gracias, sin embargo, su teléfono siempre la hacía sonreír y me parecía bien. Todo me parecía bien hasta que se fue en un viaje del trabajo y nunca regresó. La llamaba y le enviaba mensajes, pero nunca me contestó y me parecía raro porque ella siempre usaba su teléfono. Gasté todo mi dinero en detectives y en viajes para encontrarla, pero nunca apareció. Unos meses después me enteré de que se había mudado a Europa con su amante. Lo conoció un día que se fue de compras.

Salgo del salón y veo el garabato en la pared que lee “Amigos para siempre: R&A” ¿Y dónde estará ahora? Una simple llamada habría bastado; un simple “¡Hola! Espero que estés bien Andi, te extraño.” Nada complicado. Pero, todos encuentran a su pareja y se enfocan en el trabajo, y todas las promesas de chicos desaparecen. Rompo el cristal de la próxima puerta para abrirla desde adentro. Este salón casi me da pena. Todos ellos se parecen a mí chico. “¿Por qué hace esto señor? Nosotros no hemos hecho nada.” –dice un niño– “¿Por qué?” Le contesto: “Dime una razón que ejemplifique que eres una buena persona.” Yo sabía su contestación, así que no lo deje terminar. “Yo soy una buena persona porque” Boom. Cae muerto. Tiro limpio, le perfora la frente y traspasa la pared. Se escucha el grito de todos, pero poco a poco se callan temerosos de compartir el mismo futuro. Les digo: “Todos ustedes son malos, pero no lo saben todavía. Si fueran como yo no habría soledad.” Una niña se acerca y dice: “Enséñame a ser como tú.” Me arrodillo, la miro fijamente y me veo en sus ojos. “Para ser como yo, tienes que aceptar que no eres nadie porque si la vida algo me ha enseñado es que no importa quien tú seas; en los momentos difíciles no serás nadie.” Me volteo y camino hacia

la puerta. Miro una vez más al salón y me voy. Mi hija era justamente como ella; valiente o por lo menos así me la imaginé, pero nunca sabré de seguro. Adriana se la llevó con ella a Europa. Nadie merece el castigo que he recibido. Si estudié aquí y cogí clases con las maestras que les dan clases a estos mismos chicos, ¿cómo sé que a uno de ellos no le pasará lo mismo? ¿Cómo sé que uno de esos chicos no crecerá abandonado y rechazado por sus amigos, y familiares? Algunos harán promesas que nunca cumplirán, otros olvidarán e ignorarán sus amistades pasadas y otros simplemente dejarán a sus parejas porque se cansaron de ellas. No puedo dejar que esto pase. Vuelvo al salón y riego las plantas.

Escucho los gritos de las sirenas y se ven los luminosos relámpagos azules. Se ven los policías entrando al edificio. Verifican los salones para asegurarse de que no haya heridos, pero no hay ninguno, no hay muertos, no hay nada. Los salones están vacíos. Las sirenas vuelven a sonar y me levanto.

Son las 6:30 de la mañana un martes 14 de febrero, el día del amor. Andrés se levanta, se pone el chaleco antibalas y agarra su AK-47. Verifica que tenga las balas que compró, sale de su residencial y emprende un viaje a su escuela elemental para dejar un mensaje de amor: Nadie se merece la soledad.

Instrucciones para escribir

Mónica Vázquez Vélez

“Duración media del llanto, tres minutos.”

-Instrucciones para llorar, Julio Cortázar

Dele. Dele duro contra la pared. No le dé tiempo de procesar lo que está pasando. No le dé tiempo de tomar acción en su contra. Hágalo sufrir. Deje que los órganos procesen el golpe tan fuerte. Deje que tiemble. Hágalo desear aire. Mírelo. Mírelo bien, pero no a los ojos. Tóquele suavemente el pelo. Apriétele y una vez más, golpéelo contra la pared. Respire. Tome un descanso. Sáquele el pelo de la frente. Échele el pelo hacia atrás. Sóbelo suavemente y recuerde. Boom. Suena hueco y antes de que pueda gritar, su cabeza está una vez más contra la pared fría y sólida. Deje caer esas pequeñas gotas rojas por sus mejillas. Manche la pared lentamente con ese color que representa el fuego, con ese olor que recorre nuestro cuerpo proveyéndole el oxígeno tóxico que consume. Escuche sus últimos gemidos. Sienta la adrenalina y el sabor del dolor cruel y lejano, pero rico en sus músculos. Béselo en los labios una vez más. No se olvide del sabor cálido que tienen. Mírelo a los ojos, nunca olvidando su color marrón como el café que se tomará en unos minutos. Dígale que no podrá vivir sin ver su única sonrisa todas las mañanas. Deje que su mano se ponga tensa de nuevo, mire su boca lastimada y recuerde una vez más. Dele el golpe final, sin piedad, con la memoria de aquella noche magnífica en el lago. Ahora la sangre corre por las pequeñas grietas del suelo cortado. La corriente fluye como el agua de aquella clara noche. Párese. Déjelo ahí.

Para escribir correctamente, siéntese en la mesa al lado de la cabeza que late y el corazón que ya no responde. Apoye su lápiz contra el pedazo de material que aguantará su futuro. Recuerde el día que

vio su sonrisa por primera vez y escriba sobre ella. Recuerde lo diferente que le pareció su mirada lejana. Apriétese la cara. Estrújela. Asfíxiase, trate de respirar y prohíbase el placer de hacerlo. Camine. Mire el cuerpo dormido y rojo. Presione su pierna derecha contra él, varias veces. Sáquese el cabello de la cara y vulva a sentarse.

Para escribir correctamente, empiece por reírse del chiste que hizo su padre. Luego, siéntese en el piso del balcón y recuerde lo que discutieron en la cena. Coja el papel y para poder escribir bien, no lo piense tanto. Trépose en la baranda del balcón y déjese caer del cuarto piso con el lápiz en su mano derecha. Para poder terminar su historia o su poema o su proyecto interesante, despierte. Ahora corra hacia el cuarto con la cabeza roja, mientras cena en el lago con el chico de la sonrisa hermosa, escuchando los chistes de su padre.

Mi Anhelado Destino

Karina J. Vázquez Rivera

No era la primera vez en que asistía a una boda de tal esplendor. Tampoco la primera en que me encontraba en la posición de dama de honor para una novia. Aún así, no podía evadir aquella ola de emociones que solía embestirme al admirar como la mayoría de las tradiciones de la ceremonia cambiaban más y más con el pasar de los años. Algo dentro de mí no lograba abrazar lo modernizadas que se habían vuelto. El vestido de la novia que podía variar de distintas tonalidades de blanco a colores que yo nunca habría considerado adecuados para la tradición. Ya no era bien visto que nadie, excepto la novia, se vistiera en telas blancas. Contradiendo mis primeras memorias de invitadas con simples vestidos color nieve y las novias jóvenes luciendo sedas y encajes de color menta, excluyendo a las que se encontraban en sus veinte años que se inclinaban a los tonos tierra. Comentar algo así en público solo me habría puesto en una situación incómoda, pero esto ya era de conocimiento. Tenía la suficiente experiencia para solo cumplir con lo que había prometido en la actividad. Es increíble como han pasado los años. Parecen siglos, aunque al menos para mí lo son.

Las manecillas del gran reloj en medio de la sala de recepción marcaban las diez de la noche cuando terminé con mi brindis a la joven pareja. No pude evitar que una solitaria gota de vino tinto cayera sobre el pálido mantel al intentar sentarme lo más rápido posible. Me resultaba... bueno aún me resulta, vergonzoso admitir que nunca está ausente aquel nudo en mi garganta el tener que ser escuchada por grandes grupos de personas. Especialmente cuando temía equivocarme en cualquier actividad dada. El sonido de aplausos hacía eco en las paredes que rodeaban el local alquilado por los padres de la novia. Largas cortinas con destellos se arrastraban como un camino de zafiros por donde la pareja recién casada se encaminaba al medio de la pista de baile. Sus sonrisas se convirtieron en la única iluminación presente, opacando incluso el gran chandelier que había en un principio robado la vista de todos. Si las mujeres que vivían por mi calle de nacimiento vieran estas bodas sufrirían la posibilidad de tener un ataque cardíaco. Aunque sería un chiste pensar en que alguna de ellas aún estuviera con vida. No era envidia lo que sentía al ver la alegría de todos, nunca fui tan superficial. Pero no entendía qué podía ser aquel ardor que se enterraba en mi pecho al ver a todas las familias reunidas. Aquel dolor que me resultaba imposible empujar de mis pensamientos. Ese que solo aumentó al fijar mis ojos en los orgullosos padres de una pequeña, cuya tierna risa llegó a mis oídos

mientras su padre la sujetaba en su pecho como si bailara con la niña al ritmo del vals al cual bailaban las otras parejas. Así son todos, recuerdo haber pensado. Pequeños llenos de esperanza que están destinados a dejar una marca en el mundo antes de dejarlo atrás. Si tan solo eso fuera así de fácil para mí.

Pasó poco tiempo antes de que decidiera que ya era tiempo de marcharme. No puedo recordar el nombre de la canción que tocaba la banda, solo que la seguí tarareando por casi una semana luego de la boda. Los guardias de seguridad solo me miraron pasar sin cuestionar el motivo de mi salida tres horas antes de acabar la celebración. El sonido de mis tacones era posiblemente lo único que se escuchaba en el estacionamiento una vez que crucé las puertas de cristal de la salida. Estaba a solo unos pies de mi auto cuando la escuché:

-¡Lucy!- la voz de la recién casada perturbó el preciado silencio que había intentado mantener - Solamente tú serías capaz de irte de una boda sin si quiera despedirte.

Me detuve en seco al captar que aunque había humor en su tono, ella no estaba tan aliviada con mi escape como yo. Supongo que esperaría como mínimo un simple adiós de la persona en quien ella había confiado para ser su dama de honor. Debería haber asumido esto después de tantas ocasiones.

-No me estaba sintiendo muy bien y no quería arruinar tu noche- me encogí de hombros dando la excusa más aburrida que existía. Aunque sabía que eso no borraría su ceño fruncido y sus brazos cruzados. -¿Aceptarías mis disculpas?

No pude evitar reírme mientras ella intentaba permanecer seria e intimidante, nunca fue su fuerte. Finalmente sonrió girando sus ojos como lo solía hacer cuando era una adolescente. *Las personas nunca crecen del todo*, creí escuchar la voz de mi madre en ese momento, *solo se ven forzados a enfrentar el mundo de manera diferente*. Esas palabras no me habían tenido sentido cuando tenía ocho años. Aunque en ese instante parecían ser lo único que realmente entendía.

-¿Cuándo no las he aceptado?- se rió Eva abrazándome brevemente. Muestra de que sí había creído la mentira sobre mi malestar. -Lamento que no te puedas quedar por más tiempo, pero te agradezco por todo.

Esa última conversación me hace pensar que quizás ella siempre sospechó que esa sería la última vez que nos encontraríamos. Tal vez no fui tan precavida como pensé. Tengo que admitir que siempre temí aferrarme a un solo lugar, aunque opino que la razón ahora es bastante obvia. A fin de cuentas, nuestra despedida fue corta pero nunca la olvidé. Al igual que nunca olvidé las ciento ochenta antes que esa. No tuve el deseo de prender el radio en ese camino a la casa que había alquilado durante tres años. Es gracioso como parecieron tan solo un suspiro, pero es un suspiro difícil de perder en las arenas del tiempo. Siempre me aseguré de que los hogares que alquilaba tuvieran un estilo parecido al de aquellas que solía ver cuando tenía doce años y ni mínima idea de lo que me esperaba. Aquellos tiempos en que aún no me aburría celebrar mis cumpleaños. Todos prefieren olvidarlos después de los treinta y cinco.

A pesar de esto, no puedo ocultar que temo ser olvidada en este mundo en el que parece que soy la única sin fin. Una comienza a ver la vida en una perspectiva inusual y que a muchos les resultaría irreal. De jóvenes nos enseñan a apreciar lo que tenemos y a siempre tener nuestro futuro en mente, o al menos esto nos enseñaron a mí y a mis primos años atrás. Ahora, solo te puedo decir que he aprendido a mantenerme con los pies en el ahora. Sin prisas o temores. Aunque admito que hay varias cosas del pasado a las cuales me aferro como si mi vida dependiera de ello. Puede que no me creas, pero creo que soy la única persona en el mundo que aún escribe con pluma y tinta. Llámame arcaica, pero ninguno de los bolígrafos creados logró alguna vez convencerme. Con mis años me resulta curioso ver como los niños le ponen filtros a sus fotos para que se vean en blanco y negro, cuando yo presencié la gran búsqueda por lograr que las fotos tuvieran color. Me hace preguntar si realmente hemos evolucionado.

En la primera carta que recibí de tu parte dos años atrás, luego de los artículos sobre mi extraña “condición”, como muchos científicos lo llamaron, me preguntaste cuantas lenguas había podido aprender con el pasar de mis años. No he logrado perfeccionar mi acento en muchos de ellos, pero me alegra admitir que he aprendido a hablar y escribir con fluidez veinte idiomas. El español siendo uno de ellos. No me sorprendió que tu primera carta pesara con todo tipo de negación ante el artículo sobre mi historia, después de todo, la inmortalidad siempre se ha considerado un mito. Yo también quedé impactada al cumplir los cuarenta años y mantenerme con el física de una joven de veinticinco. Es tanto un privilegio como castigo supongo. He podido viajar a cada país y continente existente y ver con mis propios ojos el curso de la historia en cada uno de ellos. Nunca he podido decir que se me acaba el tiempo, siempre he tenido y tendré de sobra.

A pesar de que muchos historiadores no se encuentren de acuerdo, sí nací en los principios de la era victoriana en Inglaterra. Acepto que no nací en los mejores tiempos, la reina Victoria ascendió al trono a penas, dos semanas antes de mi nacimiento. Esto hacía que mucha incertidumbre reinara durante aquel tiempo. Una vez me preguntaron si era cierto que todo era mejor en aquellos años que se llevó el viento. No diría que todo era mejor, pero no miento al decir que siento una gran melancolía al recordar que nunca volveré a ver los salones de bailes cuyos colores dorados eran solo opacados por los vestidos de la mujeres que anunciaban la llegada de la primavera. Abanicos como alas de gorrión en sus pálidos guantes. Los violines que llenaban las festividades con los sonidos más angelicales que alguien pueda imaginar...

Creo recordar tu pregunta sobre qué temo perder.. Diría que la respuesta a esto es lo que yo llamo mi habitación de memorias. Solo imagina, un cuarto cuyas paredes están plasmadas con memorias en papel. Cada rostro y sonrisa que ha marcado mi vida presente en fotografías que cubren lo que fue una vez una estructura en blanco. Cargo conmigo estas fotografías a donde sea que voy y siempre consigo la habitación indicada en un hogar para que sea pintada con estas memorias. Ahí cualquier persona podría encontrar fotos gastadas del 1889 hasta las de las tecnologías más recientes. Nunca he permitido que alguien las veas, pues siento que ya forman parte de lo más profundo de mi vieja alma. Puede que las fotos impresas por los periódicos y revistas muestren mis rasgos jóvenes, mis ojos color

madera que solo muestran alegría; pero no hay imagen que muestre todo lo que han presenciado. Todas las veces en que me he mirado en un espejo y al ver a la mujer en el reflejo y me he preguntado por qué se me ha dado la oportunidad de tener esta existencia. Nunca me he sentido cansada, como muchos han esperado que me sienta con mis doscientos ocho años. Esto no significa que cientos de preguntas no golpeen mi cerebro con cada oportunidad que se me presenta.

Debe resultarte molesto que te conteste todas estas preguntas dos años después de tu primera carta, pero espero que puedas entender el motivo detrás de mi demora. Si tuviste la oportunidad de leer todos aquellos artículos que fueron publicados sobre mi vida, sabrás que no fue mi decisión revelar los secretos de mi eterna caminata en esta tierra. De hecho, a veces me decepciona pensar que solo pude ocultar aquella realidad al público por un tiempo tan limitado. Supongo que recibir una visita del bisnieto de una de mis viejas amigas en Puerto Rico, sorprendido al ver a la misma chica de los videos caseros que solía ver, nunca fue algo que yo esperara. Mucho menos cuando había abandonado el país cuarenta años atrás y ya me había mudado unas quince veces de país. Lamento aceptar que esta es una de las razones por la cual viajaré a otro país en cuatro días. Aunque no hay lugar que mis pies no hayan pisado en este punto.

Ahora siento la necesidad de responder aquella pregunta que siempre logré evadir, el porqué detrás de mis incesantes viajes. Tengo planeado mi próximo viaje a los confines de África. He escuchado sobre una nueva enfermedad sin cura. Anhele llegar allí, abrazarme a ella y mirar la muerte a los ojos. Escuchar la dulce sinfonía de su llamado y sentir su dulce sabor en mis labios. Poder perderme en la calidez de sus brazos mientras percibo su delicado aroma. Con el pasar de los años mi peor pecado ha sido la envidia de ver a mis amistades ser abrazadas por ella mientras a mí me reniega. La ingrata muerte que me ha abandonado en este cuerpo joven con esta alma vieja. Solo con su compañía encontraré los rostros de los que he amado. Aquellos que no he visto desde el día en que entregaron su último suspiro. Te confieso que siento un gran temor, pues no es la primera vez que me dirijo a un país con esta misma meta y resulto inmune a cada enfermedad. Me encuentro desconsolada bajo la luz de las estrellas a veces, recordando que con cada intento por encontrar un padecimiento mortal, tan solo termino con una nueva amiga a la cual luego deberé abandonar. Dejando estas preocupaciones atrás me despido, voy en busca de mi anhelado destino.

Hasta siempre,

~Lucile Tempest

ENSAYO

COMUNIDAD
1ER PREMIO

Sobre la brevedad de la vida y los amigos en Facebook

Imayrín D. Padua Sotomayor

“There was a game we used to play, we used to hit the town on Friday and stay in bed ‘till Sunday. We used to be so free, we were living for the love we had and living not for reality” - *Just my imagination. (The Cranberries)*

“Nada como caminar por la iupi unos 15 minutos y de los árboles caen “selfies” en polaroids, caen cigarrillos con lipstick rojo, tropiezas con libros marcados en highlighter amarillo. A los lados ves latas de medalla a mitad, yogur con granola o papitas Lay ‘s compartidas. Si subes por alguna escalera te acuerdas de aquel novio traicionero por el que te recortaste el pelo para ser otra. La amiga que tanto quisiste y que hoy no se llaman, ni se acuerdan (muy a propósito) de las cosas que vivieron. En los baños te verás bien joven y bien rebelde creyendo con pasión que cambiarías el mundo. Si te aventuras por algún pasillo, verás a lo lejos aquel profesor que abrió tu mente pero te escondió la inocencia. Si te paras a pensar todo lo que viviste día a día, escribirías la Iliada, con tus compañeros como personajes. Y, si te detienes por cinco minutos más, se te nublan tanto los ojos que no encuentras la salida a tu vida real”. Publicación del 11 de abril del 2015, 11:07 am. Plataforma de Facebook.

¿Será posible alcanzar el conformismo necesario para afirmar que se tuvo una vida feliz? En teoría siempre estoy lista para el próximo proyecto. Siempre es algo sobre el futuro.

Siempre es una charada porque vivo en el pasado. Al final del día, me tomo un café y se agolpan en la memoria, todos mis recuerdos. Se me hace imposible olvidar mis ridiculeces, relaciones peligrosas, amores perdidos y la vanidad de mis años mozos

Qué duro despertar y saber que cada mañana estoy tan lejos de la persona que fui. Valga la aclaración, estoy orgullosa de algunas de mis locuras. Creo que cada cual sonríe a menudo sobre sus anécdotas de juventud. En mi caso, fue esa época entre los 18 y los 30 años.

Ahora, no me reconozco poniéndome la última crema de moda. La que "borrará" la certeza de mis años en los ojos y en la comisura de mis labios. Me parece un encomiable triunfo de mi ego, que tomé un año exclusivamente, para recuperar lo que quedaba de mi figura, tras dos hijos y la inevitable ley de gravedad. Y soy comedida. No voy a documentar el suplicio de comprar “brassieres push up”, “panties” fajas y ropa de color negro que tanto ayuda a la autoestima.

Entre mi ropa, encontré un papel con un número de teléfono y recordé que antes tenía las libretas con los números de teléfono de mis amigos/amigas, hay que ser tan inclusivos hoy en día. La mayoría de sus números me los sabía de memoria. Ya no, hoy no tachamos contactos. Gracias a las

redes sociales, pasamos el bochornoso proceso del “Facebook cleaning”, “unfriending” o en el peor de los casos, “blocking”. Dizque bloquearnos, no existir.

Antes del 2008, cuando surgió la plataforma social Facebook, uno sabía quién merecía tu recuerdo y quién no. Uno se enteraba de gente del pasado, por boca de amigos en común, notas periodísticas o por información no solicitada de familiares inoportunos. Hoy ves sus perfiles en perfecta armonía. ¡Felicidad abrumadora! Es todo muy bonito, si a uno en el fondo le importara. Sabemos perfectamente bien que cambiamos y duele reconocer partes de uno en personas que hoy ya no significan nada. Aquella amiga, que no devolvió la llamada para un encuentro dolió. Aquel viejo amor que juraron ser amigos y no fue posible, dolió.

Mark Zuckerberg, el Millennial por excelencia, no contaba en su profunda arrogancia, que la memoria puede documentar muchas veces mejor que una foto o una carta. La evidencia escrita o gráfica de lo que somos ahora, cambia el presente y el futuro, nunca el pasado. Tú y yo éramos otros, hoy somos estos. ¿Dónde están tus amigos? En las redes sociales.

¿Cómo con este marasmo de redes sociales puedo creer que no te acuerdes de mí? (Inserte emoji de tristeza aquí).

¿Te acuerdas de aquel beso que nos dimos saliendo de una clase de literatura en la universidad? ¿Te acuerdas que fuimos tantas veces a San Juan? Llegábamos de madrugada y no sabíamos cómo. Nadie se acuerda, pero muy en el fondo sí. Algunos te envían fotos o anécdotas comprometedoras de aquellos tiempos.

Tu perfil dice que vives en Francia. Qué bueno que aprendiste francés porque en la universidad nos colgamos en esa clase. ¿Te acuerdas? Te vez feliz. ¡Te doy un like! *En el fondo no esperabas que yo llegara lejos. De hecho no llegué a ninguna parte, porque me quede aquí.* (Lol). ¿Entiendes? “Laughing out loud”. (Riéndome en voz alta, eso significa). Bueno, para que sepas, I’m not really laughing. Me carcome la nostalgia de extrañarte así.

¿Por qué se volvió necesario consultar dónde ir a comerse una pizza? Ahora veo tantos “me gusta” en páginas de pizzerías y basándome en esas estadísticas, decido si voy o no. Francamente, bastaba con ir y probar sin tanto escrutinio. Los amigos que me quedan, me envían un texto para decir que están frente a mi casa. Buscamos por Google maps el mejor lugar de pizza y vamos. Comiquísimo.

Extraño “a mis amigos de la locura” pero eso es muy personal. Admitirlo en las redes es una cursilería, Dios libre. Yo fluyo. Todo está bien. ¡Soy joven aún! Eso me lo recuerdan todas las páginas de auto ayuda a las que me suscribo; Pinterest, Instagram y por supuesto Facebook.

Estoy al día, eso me creo y me troleo yo misma. ¿Me qué? Me burlo de mí misma. Tengo alrededor de 300 memes de belleza interior y empoderamiento feminista. Eso está pasé, a quién se le ocurre hablar del binarismo de los géneros. Ahora se nos etiqueta de feminazzis. Somos personas ante todo. Ahora entiendo, todos y todas cambiamos. Soy hija de mi tiempo y a Fulano “le gusta” darme like, quizás no le importo y a mí tampoco. Pero así es la etiqueta de la socialización.

He bloqueado familiares, a fin de cuentas tengo amigos que han llenado a cabalidad ese lugar. A veces he llorado porque se siente muy de cerca la soledad. La que también ha ocupado el lugar de esos amigos. No eran tantos, pero indispensables para mí. (Inserte un largo suspiro aquí). El tiempo ha pasado y ha sido noble conmigo. Eso me digo enajenada de la realidad. Ahora se miente con filtros y Photoshop para resaltar nuestros mejores ángulos. En otras palabras, preservar la imagen que nos quedó. Lo que queremos que el otro vea.

¿Fulana se puso botox? Mengana me dice al inbox que no, que eso es filtro a todo lo que da. ¿No quedamos en que íbamos a envejecer con gracia? ¿Vejez? Forties are the new twenties, baby. Acá entre nos, si tuviera dinero para Botox, lo consideraría. Siento que mis amigos me superaron pero yo no a ellos. Quizás no supieron lo importantes que fueron para mí. Se ven iguales en mis recuerdos.

Huelen a pelo mojado en el río, a desodorante compartido, a culpabilidad, a cigarrillos Benson Menthol y a cerveza. El paladar se nos ha refinado con cervezas artesanales y cigarrillos electrónicos. Yo me quedé enganchada en el tiempo. No es un tabú hablar libremente si te rasuras o no los vellos públicos. ¿Por qué esto de la depilación es un tema común? Ah, ya sé, porque ahora TODO es público. Tu vida, la mía, la de todos y si no, no estás en ná.

El día menos pensado me voy de las redes. Mentira, lo más que aguanto son dos semanas sin espiar porque me siento sola, sin la porquería de celular. Con tanto libro que se me quedó sin leer en la universidad, me siento sola como una buena pendeja. *¿Estás ahí? ¿Me lees? ¿Por qué no me diste like? ¿No te gustó mi publicación sobre política o religión? ¿Será que me envidias!* (Inserte carcajada real aquí).

Por favor, reenvíe esta cadena a 33 amigos o le caerá un mierdero por 7 años. ¿Qué? Unfriended por ridículo. Quisiera decir las cosas de frente, no a un buzón virtual. Me gustaría agarrar las manos de mi gente querida y expiar la nostalgia. Me da pavor confesar estos sentimentalismos. Imagínate, que le den un pantallazo a mis emociones plasmadas en mi muro. No se puede.

La mayoría del tiempo, escribo idioteces, chistes, memes de autoayuda para no levantar sospechas. Tengo tanto que decir que mejor me callo. Quién sabe si en el fondo sí te leen. Qué tal si en el fondo perciben esta tristeza. Me vendría bien sólo un cafecito o un abrazo. Ya es mucho pedir. La intimidad solo requiere un video por Snapchat.

Tantos videos, fotos y conversaciones grabadas y no queda una sola evidencia de él. El innombrable. Aquel amor que buscaste secretamente en tus contactos para ver en su perfil que la vida siguió su curso y sin tí. (La tortura moderna más común en estos tiempos). Gracias a Dios, Zeus, El Universo, el Big Bang y Los Avengers, no queda nada. Nada más que los recuerdos. Antes no contábamos con este espionaje tan **#simpático**.

Quizás alguien me espía con ese mismo propósito. No hay evidencias comprometedoras de mi vida de aquel entonces. Un día de estos, me pongo honesta, escribo una anécdota terrible en mi muro y confieso mis peores idioteces. Probablemente obtenga solo 5 likes y un share, si acaso. Trending topic: el olvido. ¿Qué nos pasó? ¿Seré yo la única con esta nostalgia? Si nos encontramos, evitamos las miradas, pero en cualquier red social interactuamos.

No reconozco esta sociedad. Zoociedad como diría Mafalda. No es el filtro de Snapchat, que nos pone otras caras. Ahora somos los más orgánicos, hacemos yoga, tenemos perros, el matrimonio y los hijos son legados del patriarcado. Hay que “evolucionar”. *Hasta los otros días (en mi mente) fuimos skinny dipping, a una playa, no sé en dónde, llegamos todos ebrios.*

Allí amanecimos, jóvenes, resueltos y con un mundo por delante. Nos robaron todo eso. Hasta la privacidad.

No creo en esas aplicaciones vende sueños. Soy realista. **#optimismoizquierdista**. Sin filtros expreso lo que soy y cómo me veo. Lo más que hago para verme linda, es ponerme un lipstick rojo y buscar un buen ángulo. Whatever. La cámara ayuda muchísimo pero tú sabes cómo te ves y que la edad que tienes es lógicamente irreversible. Todos mentimos, no ha quedado otro remedio.

Aparentamos, porque nadie quiere ver miseria. Chismes sí. Wtf? Sí, eso mismo, what the fuck. (Omg), oh my god! My (bff), my best friend forever. She's crazy AF, as fuck. Soy la misma amiga que sigue creyendo más en la astrología que en la política. Los astrólogos por lo menos

vaticinan salud, dinero y amor. Hace unos años me resbalé con el concepto del capitalismo. A mis hijos quisiera darles lo mejor que pueda. Así que, la hippie en mí, se ha marchitado un poco. ¡Shh! A escondidas busco descuentos por doquier y me entrego a la mentira de la igualdad. (Recordatorio, no poner que cuponeas en Facebook, es oversharing).

Hace tres años murió un gran amigo. No puedo hablar de eso aún, ni borrar su perfil. De los amigos que perdí en la diáspora sí podría hablar. (Inserte lágrimas). Mejor no, de eso tampoco puedo hablar. Me duelen tanto, pero eso se lo cuento al psicólogo. También le digo que me siento sola con doscientos y pico de "amigos" en la red. Tener más de cierta cantidad de amigos me lleva a los peores confines de la paranoia.

Quiero irme lejos, a otro país a recolectar "nuevos amigos". Llenaré mi vida de likes y emojis que maquillen la nostalgia del tiempo pasado. Me iré a un lugar donde vuelvan los apretones de manos, las miradas sinceras, sin pantallas y sin face-time.

Lo sé, estoy quedá. Ese lugar ya no existe. Hay que seguir la corriente. Mis hijos me lo recuerdan. La realidad me lo recuerda. No hay vuelta atrás en el reloj de arena del tiempo. Aquí estoy, justo en frente a una pantalla, escribiendo sobre mundos virtuales. Cuando termine de escribir, me refugiare un ratito en alguna red para verme en la mirada del otro. Como un satélite rondando.

Ojalá fuera cierto eso de que los deja-vu y la telepatía, eran los mensajes de texto del pasado. Lo escuché en un concierto de Café Tacuba y sonreí. En la música resuena mucha felicidad, olores de memorias apasionadas, perfumes mezclados con sudor que son mi refugio de sanidad. Viví todos esos instantes. Plenamente, amé, odié, luché y crecí hasta madurar lo suficiente. Nunca del todo porque perdería mi esencia. Siempre tengo 18 años y un mundo por delante. Algunas indiscretas canas y libritas de más me mantienen humilde, pero sigo siendo yo.

Aquí menciono algunos datos que nos convendría tener en mente. Billones de personas están conectados en Facebook nada más. Otros cientos de millones están en otras redes sociales con diversos intereses, fotografía en Instagram, por poner un ejemplo. Mi énfasis de unión entre nostalgia y contacto real, muere aquí. Todo es un potencial carpeteo voluntario.

Eres y serás juzgado por todas tus fotos, comentarios, artículos compartidos y hasta por esos amigos que quieres tanto. Suena a teoría de conspiración pero es así. Ya en las cortes se admite como evidencia fidedigna, fotos, mensajes de voz, mensajes de textos, "screenshots" de celulares, conversaciones privadas por WhatsApp y Messenger. ¿Lo sabíamos? O la necesidad de los 15 minutos de fama que predijo Andy Warhol nos sedujeron más. El ego ganó. Esta conveniente conexión era para revivir historias con amigos y tal vez hacer algunos nuevos.

Toda moneda tiene dos caras. Miramos superficialmente, lo bien que le fue a algunos, a otros que no cambiaron nada y a uno mismo, ¿Se logra ese cometido al ver cómo le va al otro? ¿Si no eras particularmente cercana a una persona porqué la aceptamos? ¿Será para ver si está igual o peor que nosotros? ¿Bajo esta premisa quién necesita enemigos ahora, cierto?

Publica o comenta en el enlace equivocado y púm, ofendidos que declaran guerras inútiles. Argumentos estériles, separando amistades de siempre y subrayando diferencias ideológicas sin que medie el respeto. En los acostumbrados ciclos de verano, otoño, invierno y primavera, se garantizan fotos documentando todo. Desde el día de Acción de gracias, Navidad, San Valentín, más los cumpleaños, entre otros eventos, todo parece que necesita ser documentado.

¿Para eso era esto? Nos observamos, pero no nos vemos. No hay profundidad en la palabra y a la hora de resolver disputas es preferible borrarlos como si no existiéramos. Lo políticamente

correcto es la no confrontación. Todo será usado en tu contra con fecha, hora, minuto e interpretación.

¿Todo tiempo pasado fue mejor? Para mí, sí. Prefiero a veces el anonimato de mis alegrías y tristezas, a esta sobredosis de información. Soy culpable de todo lo anterior. Publicaba muchísimo. Selfies y momentos que francamente, ni a mí me interesaban. Lo que antes se decía en una postal se ha convertido en insufribles bitácoras de vida. Parece inocente aceptar, a un perfecto desconocido, con quien entablar algún tipo de relación. El peligro estriba es en discernir si es, para atrapar pokemones o para entablar una relación extramarital. Facebook es, según mi antes mencionado psicólogo, la tercera causa de divorcio en el mundo. ¿Peligra más la felicidad o la fidelidad hoy en día? Odio el Facebook.

Lo odio pero entretiene, como un periódico amarillista y de alguna forma se está al corriente de las cosas. No eres tan anónima.

La gente que no tiene esta aplicación son semi-dioses y maestros del auto control. Según las reglas, tienes la “opción” de borrar tu historial y llamadas. En realidad quedaron grabadas para siempre, no lo olviden. Facebook es ahora de “viejos” dice mi hija para mi desconcierto. A cada rato aparecen miles de aplicaciones con qué perder el tiempo. Los baby-boomers también cayeron en la (Red-dada), ya hay abuelas en Facebook. Me rindo. Vuelvo a los libros lo prometo. Recuerdo que leí muy superficialmente *La Metamorfosis* de Kafka y quiero transformarme en otro ser. Menos, incómodo e hipersensible. Quiero esconderme tras las páginas olorosas a tiempo y a realidad. De ese modo, procuraré olvidar a los que me olvidaron. Los que ya no están porque la vida continuó. Pondré un muro de páginas como escudo. Así tal vez, los ojos que queriéndome ver otra vez, vez me lean. Tal vez. Si pudiera escoger la última frase que publicaría en mi muro de Facebook esta diría; “Aquí estuve siempre, acompañada de mi soledad”. Así, con dramatismo y coraje real.

“Palabras grandes, recuerdos borrosos. De aquellas juntillas donde uno ya no cabe, ni el otro tampoco. Aquel espacio que cambió y no somos, ni seremos los que fuimos. Un parabrisas en mis ojos UPR 2000, pero puede ser otro tiempo, eso me temo. La nitidez incómoda de la buena memoria de una brujita. Yo”. Publicación del 7 de agosto del 2014, 3:12pm. Plataforma de Facebook.

Hacer reír, es un asunto serio

José R. Jorge

A la sociedad puertorriqueña le gusta reír. Una encuesta reciente, coloca a Puerto Rico como uno de los países más felices del mundo. Y no es que no enfrentemos situaciones que lentamente se convierten en problemas, hasta desembocar en crisis. Todo lo contrario, el puertorriqueño afronta la adversidad con humor. Por eso, no debe resultarnos extraño que la comedia haya sido uno de los géneros favoritos de los boricuas por mucho tiempo.

Puerto Rico ha sido cuna de extraordinarios comediantes que, por décadas, han llevado alegría a nuestra gente desde el cine, el teatro, la radio y la televisión. Es imposible olvidar talentos como Ramón Ortiz Del Rivero (“Diplo”), José Miguel Agrelot, Adalberto Rodríguez (“Machuchal”), Israel “Shorty” Castro, y muchos otros que nos han hecho reír y distraernos de nuestras preocupaciones cotidianas. Cada uno de sus personajes nació de los tipos que forman parte de la sociedad. Porque, para que un personaje sea exitoso, es necesario que la audiencia se sienta conectada de alguna manera con el mismo, ya sea porque se parece a él o ella, o porque se asemeja a alguien a quien conoce. De ahí que todo personaje cómico tenga algo de realidad, exagerada y distorsionada, para provocar la risa. Por ejemplo, “Petunia”, la legendaria empleada doméstica personificada por la fenecida actriz Norma Candal, estaba basada en una mezcla de personas reales que conoció, entre ellas, una famosa actriz dramática, de quién copió la manía de nunca soltar la cartera.

Pero el humorismo boricua no se ha limitado al cine, el teatro o la televisión. También ha permeado en otras expresiones artísticas, como la música. Sylvia Rexach, compositora puertorriqueña que se destacó por sus boleros de amor apasionado, también se desempeñó como libretista de los programas de comedia que producía Tommy Muñiz para la estación radial WIAC en los años cuarenta. Porque, además de poseer una extraordinaria sensibilidad romántica, también era poseedora de un exquisito sentido del humor, que supo trasladar a algunas de sus composiciones. Poca gente conoce que Sylvia Rexach compuso una magistral canción humorística, que trata sobre el eterno problema del choque cultural entre lo puertorriqueño y lo anglosajón. La pieza musical narra la historia de un “americano” que se enamora de una boricua, pero no sabe cómo declararle su amor en español. Por ello, solicita la ayuda de un “jíbaro” para que le traduzca unas frases del inglés al español, con el predecible enredo lingüístico que ello provoca.

Como género artístico que nace de la esencia del pueblo, la comedia se convierte en espejo y medio de expresión de la realidad social del momento en que surge. En el ámbito musical, tomemos por ejemplo la jocosa plena “El obispo de Roma”, que narra el periodo histórico de la llegada del primer obispo nombrado a la Diócesis de Ponce en 1925. Además, el 5 de diciembre de 1932, se transmitió por primera vez “Los jíbaros de la radio”, el primer programa radial de sátira político-social, cuyo concepto para hacer reír se originaba en las noticias que publicaban los diarios de la época. En la televisión, podemos mencionar la comedia “Qué suegros”, producida por Elín Ortiz, que presentaba el choque cultural y la transformación de la familia puertorriqueña, como resultado de la inmigración,

principalmente de exiliados cubanos durante los años sesenta, que inevitablemente acabaron integrándose a las familias puertorriqueñas.

Pero como reflejo de la realidad histórica de la sociedad, la comedia también puede transmitir las costumbres, creencias y estereotipos de su momento histórico. Y, por su alcance y gran acogida, muchos de estos estereotipos llegan a aceptarse y perpetuarse por un amplio sector de la sociedad, hasta aparentar ser la norma general, sin considerar la transformación social, ni las consecuencias que surgen como resultado de reforzar imágenes preconcebidas, que no se ajustan a la realidad. Por ello, tanto los guionistas de comedia, como los actores y actrices que las interpretan, tienen en sus manos una gran responsabilidad al momento de hacer reír, cualquiera sea la manera que escojan para hacerlo. Porque si bien es cierto que los artistas tienen un derecho de libertad creativa, que debe respetarse y defenderse, pues la censura es inaceptable en cualquier sociedad, no es menos cierto que toda acción tiene consecuencias por las que se debe asumir responsabilidad. Ello es comparable al controvertible tema del derecho a portar armas de fuego. Una persona podría reclamar su derecho a portar un arma, pero si con ello priva de la vida a otra persona, no queda exenta de enfrentar y responder a la justicia por ese acto. Porque la palabra también es un arma poderosa.

El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define estereotipo como una “imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutable”. Y es precisamente la palabra “inmutable” lo que convierte al estereotipo en un elemento peligroso en el arte de hacer reír. Porque inmutable significa que, para muchos, esa imagen no se puede cambiar. En otras palabras, independientemente de la falsedad de la imagen mental que nos hacemos de un individuo o de un grupo, el estereotipo es incuestionable y generalmente aceptado como lo real. Además, quien se atreve a cuestionar un estereotipo ampliamente adoptado y difundido por los miembros de una sociedad, inmediatamente se convierte en objeto de rechazo por el sector que lo reafirma y difunde.

La manera y el medio escogido para difundirlo, vigoriza la acogida que tendrá el estereotipo en la gente. Desde las primeras etapas de su desarrollo, el individuo comienza a exponerse a estas imágenes, a través de lo que algunos científicos llaman la programación neurolingüística. Los cuentos de hadas están plagados de estereotipos. La madrastra siempre es la villana, y las niñas que quieren ser mujeres felices y realizadas, deben vivir en búsqueda del “príncipe azul”, a quien se dedicarán por completo y le darán hijos, para ser felices por siempre. En fin, desde la infancia se nos bombardea con estereotipos de género y roles sociales que se espera asumamos en la edad adulta.

Algunos teorizantes coinciden en que los niños y las niñas, desde edades tempranas, comienzan a asociar diversos elementos con su identidad de género. Gran parte de esas nociones le son transmitidas a través del proceso de socialización. De ahí que se asocie el color rosa con las niñas, el azul con los niños, las muñecas con el género femenino, y los camiones con el género masculino, entre otras asociaciones. En la era de la imagen, los medios de comunicación social juegan un rol primordial en la transmisión de representaciones que sirven de refuerzo al desarrollo de la identidad de género de los niños y niñas. Es ampliamente conocido que, a partir de las primeras décadas desde su invención, el televisor se convirtió en la niñera de muchos niños, debido en gran medida a la complejidad de las vidas del padre y la madre de la sociedad moderna. De hecho, a partir de la generación de los “baby boomers”, la televisión fue un vehículo educativo que se integró por completo a la vida de jóvenes y niños, cuyas imágenes no solamente contribuyeron al desarrollo de su identidad de género, sino que también fueron su contacto directo inicial con la realidad exterior.

Muchas de las imágenes con las que crecieron las generaciones de la era televisiva, estaban cargadas de estereotipos de raza, género, orientación sexual, cultura, religión, y otras. En las series inspiradas en el lejano oeste norteamericano, el indio siempre era un villano sanguinario al que había que aniquilar; mientras que el vaquero caucásico era el héroe, símbolo del orgullo nacional, con el que la audiencia se solidarizaba en su proceso de exterminio indígena. Comedias como la clásica “I love Lucy”, y otras que copiaron su fórmula, presentaban a una ama de casa, algo atontada y sometida por completo al poder y voluntad del marido. Esta era objeto de chistes sexistas por su rol dual como mujer y ama de casa, de los que no podía desligarse para perseguir sus sueños. De hecho, no viene al recuerdo una comedia televisiva de esa época que tuviera como protagonista a una madre jefa de familia y profesional, aunque ya existían muchas mujeres que formaban parte de ese perfil.

En Puerto Rico, desde sus inicios, la televisión presentaba familias donde las mujeres eran amas de casa, cuya función principal era realizar las tareas domésticas, atender a los hijos y complacer los caprichos del marido. La primera comedia de situación puertorriqueña, “Mapi y Papi”, se realizaba traduciendo y adaptando los libretos de “I love Lucy”. A esta le siguieron “Hogar, dulce hogar”, “Gloria y Miguel”, “La criada malcriada”, “Los García”, y otras más, que mantuvieron los roles de género aceptados socialmente como la norma de la época.

Por otro lado, en la comedia televisiva puertorriqueña se dio marcadamente un fenómeno que aún perdura. Nos referimos al del personaje femenino, interpretado por un varón. Cuando se traen ejemplos de personajes gays en las comedias boricuas, erróneamente se menciona a “Ramoneta Cienfuegos” (interpretado por “Shorty” Castro), “Cuquita Sabrosura” (personificado por el comediante cubano Luis Echegoyen), a “Doña Pasión” (creado por José Miguel Agrelot) y a “Cuca Gómez” (encarnado por Otilio Warrington, “Bizcocho”). Estos personajes, aunque interpretados por hombres, no eran homosexuales ni travestis. Eran “mujeres” representativas del estereotipo de género de la época. En el caso de “Cuca Gómez”, era una especialista en belleza, vanidosa, de voraz apetito sexual y materialista, cuya meta de vida estaba en conseguirse un buen “macharrán”, que la aliviara de sus problemas económicos y atendiera sus necesidades sexuales. Esta característica parece repetirse en sus predecesoras “Cuquita Sabrosura”, “Ramoneta Cienfuegos” y “Doña Pasión”, pues todas se caracterizaban por una exagerada vanidad y un deseo sexual, que rozaba la adicción. Es importante recordar la frase que pregonaba “Doña Pasión” a viva voz en todas sus apariciones: “Yo lo que quiero es amooooorrrr”. Como si el estar enamorada de un hombre, fuera el estado de felicidad natural de la mujer. Ni siquiera se abrían a la posibilidad de orientaciones sexuales alternativas.

Pero los estereotipos de género no se limitaban a la comedia televisiva. Hasta en la música se provocaba la risa desde la perspectiva del machismo de aquella generación. El compositor y trovador jayuyano, Toñín Romero, compuso una canción titulada “La mujer de palo”, que luego fue más conocida como “Ni de madera son buenas”. La misma la grabaron Odilio González, La Orquesta Panamericana (bajo la dirección del maestro Lito Peña), la orquesta venezolana “Billo’s Caracas Boys”, y hasta el mexicano Marco Antonio Muñoz. La pegajosa melodía, narra la historia de un carpintero llamado Narciso al que se le murió la mujer. Y como no hallaba qué hacer, se hizo una de madera y la guardó en una alacena, que por definición es un armario con puertas, diseñado para guardar objetos. Un día, el carpintero Narciso abrió la alacena y la mujer de palo le cayó encima, matándolo en el acto. Por eso, la moraleja de la historia es que las mujeres, “ni de madera son buenas”.

Esta canción fue un éxito musical que pegó por mucho tiempo en las estaciones radiales de la época, y vendió millones de discos a nivel internacional.

En el caso de los personajes gays, estos surgen en nuestras comedias televisivas como resultado de la apertura social que se dio a partir de los años sesenta. En los años cincuenta eran prácticamente invisibles, lo que no fue casualidad, sino una modalidad de exclusión mediática. Desde sus inicios, e increíblemente hasta hoy, representan varones exageradamente afeminados, lujuriosos y siempre al acecho de otros varones, que les huyen como el diablo a la cruz. Hasta los nombres con que son bautizados, a veces reflejan el estereotipo social del personaje: “Serafin Sinfin”, “Lalo Camacho”, “Florencio Melón Pujals”, “Avelino Plumón”, y otros que se hicieron populares a través de la televisión.

Recientemente, algunos han argumentado que los personajes gays de las comedias no pretenden ser ofensivos, pues son solo una parodia de tipos que existen en la sociedad. Otros han ido más allá, al expresar que la comunidad gay del siglo XXI es una mucho más fuerte y segura de su identidad, por lo que no reacciona adversamente a este tipo de parodia con facilidad, pues hoy goza de muchos derechos que antes le eran negados, como el derecho a contraer matrimonio. Algunos despachan la controversia más livianamente, cuando afirman que desde los comienzos de la televisión, han existido estas parodias. Y, como siempre se ha hecho así, para qué cambiar una fórmula exitosa.

Si bien es cierto que la comunidad gay puertorriqueña de hoy es una mejor educada, y de una autoestima colectiva más fuerte que la de generaciones pasadas, no es en este grupo en el que recae la mayor preocupación de los mensajes que transmiten las imágenes estereotipadas de personas gays en las comedias. Lo importante es evaluar con qué modelos mediáticos crecen nuestros jóvenes y adolescentes. Un adolescente que comienza a descubrir su identidad sexual, podría exponerse a imágenes distorsionadas acerca de lo que la sociedad considera como “normal” en cuanto a la sexualidad del individuo que se desarrolla en ella. Los seres humanos tenemos una necesidad básica innata de sentirnos bienvenidos, aceptados y amados por los demás. Cuando un joven en desarrollo descubre que es gay, lo primero que busca a su alrededor son modelos que le ayuden a entender su vivencia y le transmitan seguridad y aceptación. Si exponemos constantemente a estos jóvenes a personajes gays que no corresponden a la manera como él o ella se siente o se valora a sí mismo, podría generarse un estado de confusión de identidad, pues lo menos que desea una persona es adoptar una identidad que lo exponga a la burla y al ridículo. Ello podría tener como resultado lo que sucedió con algunos miembros de la comunidad gay que crecieron con las imágenes estereotipadas de la llamada época de oro de la televisión. Estos hombres y mujeres, aun sabiéndose gays, terminaron contrayendo matrimonio heterosexual, para adoptar el modelo de familia aceptado socialmente en la época, aunque algunos vivieran dobles vidas a espaldas de sus cónyuges.

Las imágenes estereotipadas que presentan las comedias de televisión, no se han limitado a sectores minoritarios de la sociedad. En Puerto Rico, los servidores públicos son una fuerza de trabajo numerosa, compuesta por miembros pertenecientes a una gran diversidad de niveles sociales, económicos, académicos, culturales y profesionales. No obstante, también son objeto ocasional del estereotipo para provocar la risa fácil a través de la pantalla chica.

Por lo general, cada vez que una comedia televisiva presenta una trama que se desarrolla en una oficina gubernamental, los personajes representativos de los servidores públicos responden a la misma

imagen estereotipada que viene repitiéndose desde los inicios de la industria del entretenimiento. Las empleadas públicas visten ropa sensual, bastante ceñida al cuerpo, se expresan de manera completamente indiferente a las necesidades de sus clientes, están todo el tiempo limándose las uñas, miran el reloj constantemente para que no se les pase el receso para tomar café, y no dejan de mascar frenéticamente un chicle. En el caso de los servidores públicos varones, siempre tienen un periódico en la mano y parecen estar más interesados en sus asuntos personales, que en el servicio que deben ofrecer al pueblo.

Si bien es cierto que algunos empleados públicos podrían caer dentro del perfil que exagera la comedia, la realidad es que ello es una generalización que no corresponde en nada a la realidad. La mayor parte de nuestros servidores públicos son profesionales comprometidos, y si nuestro sistema gubernamental funciona, se debe en gran medida a ese nivel de compromiso. Pocos conocen que, cuando el gobierno cerró en mayo de 2006, muchos servidores públicos se presentaron a trabajar a sus agencias para que no se afectaran servicios esenciales, sin siquiera tener la certeza de que ese tiempo se les pagaría, pero conscientes de que su trabajo impacta vidas humanas. Historias como esta, se repiten todos los días en los municipios y agencias públicas de Puerto Rico.

En resumen, las imágenes televisivas son muy poderosas, pues transmiten ideas, actitudes y creencias. La comedia, como género preferido de los puertorriqueños para distraerse de sus problemas, llega de forma más directa al público, por lo que los estereotipos que comunica, podrían tener un carácter más permanente en el pensamiento de la ciudadanía. Es responsabilidad de los artistas, guionistas, productores y gerenciales de la industria de la televisión, velar por que el producto final sea uno balanceado y en sintonía con todos los sectores de la sociedad. No se trata de autocensurarse, pues la censura es dañina en todas sus modalidades. Se trata de ejercer responsabilidad social, para contribuir un poco al proceso de sensibilización humana, sin el que no es posible una convivencia pacífica. Pero más que todo, es entender que hacer reír, es un asunto serio.

3ER PREMIO

Sujeto ensayístico y apropiación de la intelectualidad en el ensayo**“Nuestros días”, de Octavio Paz**

Maite Ramos Ortiz

El texto “Nuestros días” forma parte del libro *El laberinto de la soledad* el cual representa la culminación de una serie de textos ensayísticos que se producían en la Hispanoamérica durante la primera mitad del siglo XX sobre el tema de la cultura. En este libro, Octavio Paz hace una reflexión sobre la cultura, la sociedad e la historia de México.

El ensayo en América Latina ha tenido una trayectoria distinta de la que tuvo en Europa y los Estados Unidos. Según Adolfo Castañón, los primeros intentos ensayísticos ocurren en momentos de las luchas de independencia del siglo XIX (37). Estos primeros textos son ensayos cruzados con otros géneros como el discurso, la crónica, la biografía o el tratado, que tenían en común el hecho de poseer un carácter primordialmente cultural y de ser exponentes de las ideas hispanoamericanistas. A partir de estos textos, el género ensayístico en Hispanoamérica privilegia el tema de la cultura.

Es con *Ariel*, de José Enrique Rodó (1900), que el ensayo hispanoamericano adquiere una forma definitiva. En este sentido, *Ariel* es lo que Michele Foucault llama un texto fundador de discursividad. Estos “fundadores de discursividad” producen “la posibilidad y la regla de formación de otros textos” o discursos (344). En el caso del ensayo hispanoamericano, *Ariel* creó los “discursos culturales” que usarán los ensayistas en sus textos a partir de entonces (Scarano, “Discursos ensayístico” 162). Según Mónica Scarano, este tipo de ensayo se convierte en “un lugar discursivo donde se expresa un sistema de valores y de ideas, un esquema ideológico desde el cual se piensa la realidad cultural americana” (162).

De este modo, el ensayo en Hispanoamérica en vez de ser una reflexión sobre un tema cualquiera, tal y como lo concibió su creador, Michele de Montaigne, es un tipo de textos que “cumple la función de ser portadores intencionales de una conciencia latinoamericana” (162). En otras palabras, el género que Montaigne fundó “declina todo propósito edificante y asume una actitud apática hacia la historia o hacia la salvación de la humanidad”, mientras que los textos ensayísticos hispanoamericanos son “vehículos de una filosofía o de una historia de las ideas americanas en perjuicio de la expresión humana y autobiográfica” fundamentales en el género (Castañón 36).

En este contexto surge, como consecuencia de lo planteado anteriormente, un sujeto ensayístico que no expresa su individualidad, contrario a lo que afirma Mijail Málishev (269), sino que tiende a ser un sujeto ideológico. Se trata del reflejo del discurso cultural prevaleciente, independientemente de las convicciones del autor como persona. El sujeto ensayístico hispanoamericano privilegia la intelectualidad y de ahí que César Graña afirme que su perspectiva sea aristocrática (66).

El libro *El laberinto de la soledad* de Paz es la culminación del discurso ensayístico cultural iniciado por Rodó. El ensayo “Nuestros días”, a su vez, es la culminación del libro. Para construir su texto, Paz se apropia del sujeto ensayístico intelectual que puebla el ensayo latinoamericano. Este se

sitúa del lado del intelectual, gobernante durante el siglo XIX, pero desplazado durante el proceso de modernización e industrialización de principios del siglo XX. “Nuestros días” es una reacción a ese proceso que, al momento de su publicación, se había iniciado hacía diez años.

El propósito del texto se recoge en la siguiente pregunta “¿cómo crear una sociedad, una cultura, que no niegue nuestra humanidad pero tampoco la convierta una vana abstracción?” (Paz 173), lo que sitúa al texto dentro del discurso ensayístico de la época. El sujeto ensayístico, que como ya se estableció es intelectual, está forzado, debido al discurso en el que está inmerso, a escoger la cultura como tema. Así contradice el planteamiento de Málishev de que el tema surge del interior del autor (274). No es el tema el que escoge a su autor, es el discurso el que limita las opciones del yo ensayístico. El sujeto ensayístico de Paz es el continuador de un discurso tal y como lo entiende Foucault.

El sujeto ensayístico de “Nuestros días” se relaciona con otros sujetos que toman distintos nombres: burguesía, clase obrera, masas informes, proletariado, técnicos, organizaciones sindicales. Todos son parte del “otro” que transformó a México durante la Revolución en la primera oración del texto (156). De primera intención, este sujeto intelectual parece alabar la Revolución y su consiguiente proceso de industrialización. Sin embargo, una lectura cuidadosa revela que desde esa primera línea hay una crítica solapada a todo el proceso. Al referirse al otro, utiliza palabras como: desequilibrio, dificultad, sombra, desgarró, cruda, ignorante e inconcebibles. Ese otro es el que “invade” la ciudad durante la “masificación”, como la llamó José Luis Romero; es la masa anónima que altera el equilibrio de una sociedad en la que todos ocupaban un lugar determinado.

Como consecuencia de tal desequilibrio, surgen situaciones que el sujeto intelectual mira con desdén. Por ejemplo, el Estado se alía a las organizaciones sindicales y, como consecuencia, “la alianza se convirtió en sumisión y los gobiernos premiaron a los dirigentes con altos puestos públicos”, dando pie a la corrupción (Paz 160). La burguesía trata de incorporarse al gobierno para que este sirva sus intereses (161). La Revolución se convierte “la insurrección de las masas y pueblos que viven en la periferia del mundo occidental” (168), aun así, dirigida “por pequeños grupos de profesionales de la revolución” (167).

Esta masa que pretende dirigir el país no está capacitada para tal empresa. El sujeto intelectual pone en duda “la función universal de la clase obrera como encarnación del destino del mundo” (167). La clase obrera no debe dirigir ni en Europa ni en América. Sin embargo, mientras en Hispanoamérica trata de llegar al gobierno, en Europa hay un “proletariado más culto, mejor organizado y con más antiguas tradiciones revolucionarias” (167). El hecho de que el adjetivo “culto” vaya en primer lugar es significativo. Esta clase obrera europea sabe que su lugar no es dirigir, ni gobernar; ese es el trabajo de los intelectuales y así lo expresa el sujeto ensayístico.

Desde el primer párrafo se señala cuál es la misión del intelectual. Mientras por un lado el sujeto ensayístico alaba la Revolución por haber “recreado a la nación”, por el otro dice que “no fue capaz de crear un orden vital”, ya que ese es el trabajo del intelectual (156). La labor del intelectual se resume en lo siguiente:

Tenemos que aprender a mirar cara a cara la realidad. Inventar, si es preciso, palabras nuevas e ideas nuevas para estas nuevas y extrañas realidades que nos han

salido al paso. Pensar es el primer paso de la “inteligencia”. Y en cierto caso, el único. (172)

Llama la atención el uso de la primera persona plural. El “nosotros” equivale a los intelectuales entre los que se encuentra el sujeto ensayístico y estos a su vez representan al verdadero mexicano. En palabras de César Graña:

El verdadero mexicano, por lo tanto, se encontrará en ese “grupo específico” que tiene por función la búsqueda de una paradigmática autoconciencia “mexicana”, es decir, los intelectuales. (69)

Los intelectuales son los llamados a dirigir y a ser “conservadores e intérpretes” de la cultura (67). Del mismo modo en que los intelectuales deben dirigir a México, México debe dirigir a los países de Hispanoamérica y aun otros países “atrasados” en África y Asia. La pregunta “¿los dejaremos solos?”, en referencia a esos países, lo sugiere.

Sin embargo, los “instrumentos intelectuales” mexicanos son pobres, debido a que “hemos pensado muy poco por cuenta propia; todo o casi todo lo hemos visto y aprendido en Europa y los Estados Unidos” (Paz 171). Esta influencia de los países “avanzados” puede ser perniciosa y esta actitud recuerda al *Ariel* de Rodó. El que estos países “adelantados” sugieran como remedio a los problemas económicos “las inversiones privadas extranjeras” es peligroso, dado que, primero, “las ganancias de esas inversiones salen del país” y, segundo, porque “el capital privado no se interesa en inversiones a largo plazo y de escaso rendimiento” (164).

Como ya se ha dicho, el sujeto ensayístico de Paz más que un reflejo de su individualidad es una continuación del sujeto intelectual del discurso cultural prevaleciente hasta ese momento en Hispanoamérica. Este sujeto se enfrenta al proceso de modernización en donde su aportación no se puede medir y, por lo tanto, se le desplaza por los que Paz llama “técnicos” (163). Al intelectual solo le queda el ensayo para hacerse escuchar. Este es el recurso utilizado por el sujeto intelectual de Paz en “Nuestros días”.

Obras consultadas

- Castañón, Adolfo. “La ausencia ubicua de Montaigne. Ideas para una historia del ensayo hispanoamericano”. *Vuelta*, vol. 16 núm.184, marzo 1992, pp. 35-38.
- Earle, Peter G. “On the Contemporary Displacement of the Hispanic American Essay”. *Hispanic Review*, vol. 46, núm. 3, 1978, pp. 329-41.
- Foucault, Michele. “¿Qué es un autor?”. *Entre filosofía y literatura*. Traducción y edición de Miguel Morey. Ediciones Paillós, 1999, pp. 329-60.
- Graña, César. “La identidad cultural como invento intelectual. (Algunos ejemplos hispanoamericanos)”. *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*. Editorial del Insituto, 1970, pp. 55-71.
- Málishév, Mijail. “Ensayo: El origen y la esencia del género”. *El ensayo en nuestra América: para una reconceptualización*. UNAM, 1993, pp. 267-87.
- Paz, Octavio. “Nuestros días”. *El laberinto de la soledad*. 2ª ed. Fondo de Cultura Económica, 1972, pp. 156-74.

- Romero, José Luis. "Las ciudades masificadas". *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. 2^a ed. Editorial Siglo Veintiuno, 1976, pp. 319-89.
- Scarano, Mónica E. "Discurso ensayístico, cultura e ideología en el sistema literario hispanoamericano". *Revista del Celehis*, vol. 1, núm. 1, 1991, pp. 155-66.
- . "Entre la historia y la ficción: El ensayo en Hispanoamérica: una discursividad fronteriza". *Itinerarios entre la ficción y la historia. Transcursividad en la literatura hispanoamericana y argentina*. Edición de Elisa T. Calabrese *et al.* Grupo Editor Latinoamericano, 1994, pp. 11-25.